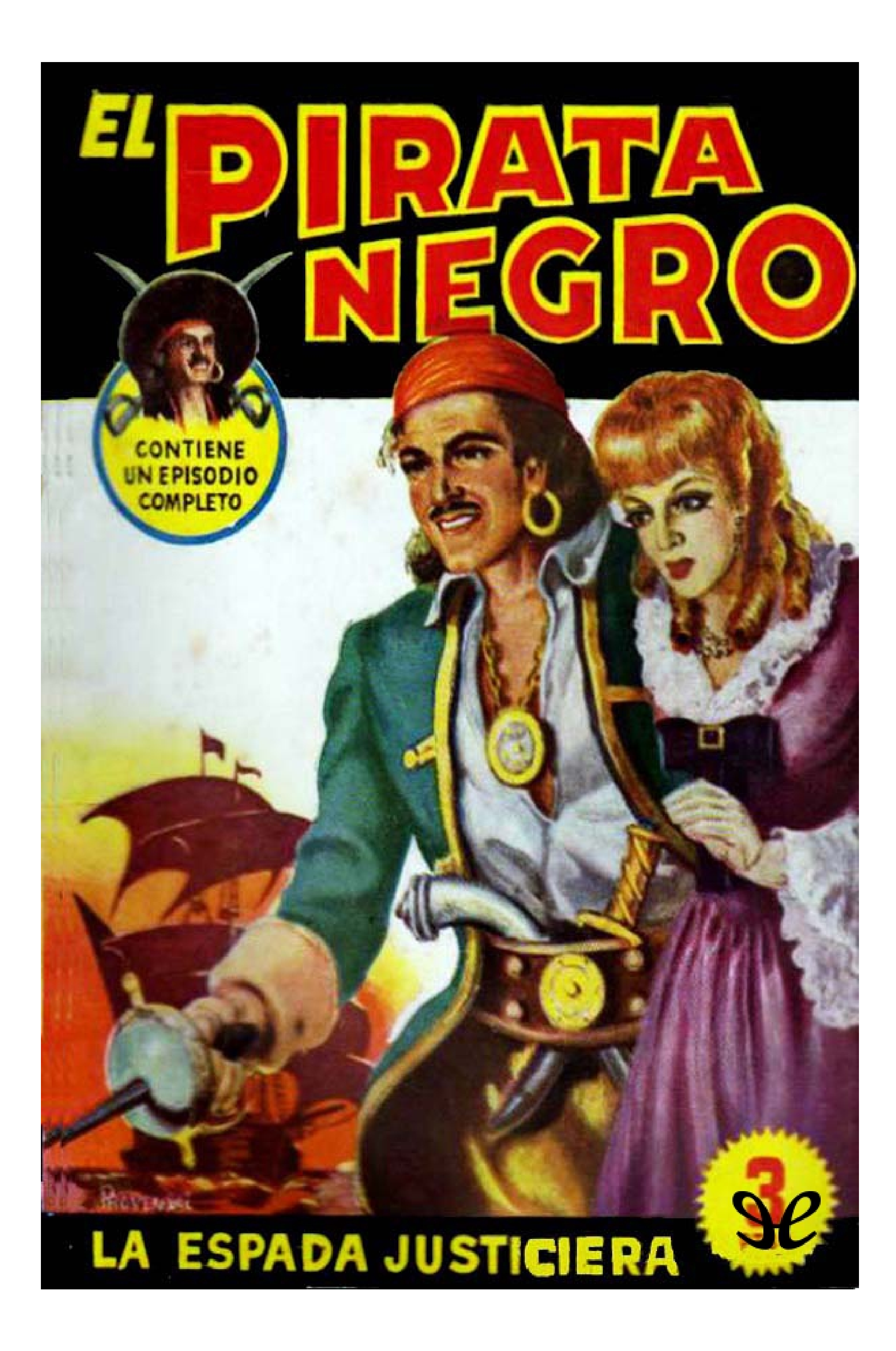

EL PIRATA NEGRO
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO
3
LA ESPADA JUSTICIERA

A fines del año 1693, las culebrinas que vigilaban la entrada al puerto de Panamá dispararon siete cañonazos consecutivos. En la Plaza Real se congregaron reuniones de asustados panameños, que, ignorantes de que los cañonazos eran de pólvora sin proyectil, creyeron al principio en una incursión de las temidas flotas corsarias.

Pronto se aquietaron los ánimos cuando corrió la voz de que las salvas se debían a la llegada de la nave española que llevaba a bordo a la hija del Virrey gobernador.

A lo lejos se divisaba ya la airosa silueta de una goleta que, con las velas desplegadas, surcaba el azulado mar. En el castillete de proa, una mujer, casi una niña, contemplaba extasiada el tropical paisaje, que con toda su esplendorosa vegetación iba aproximándose…



Arnaldo Visconti

La espada justiciera

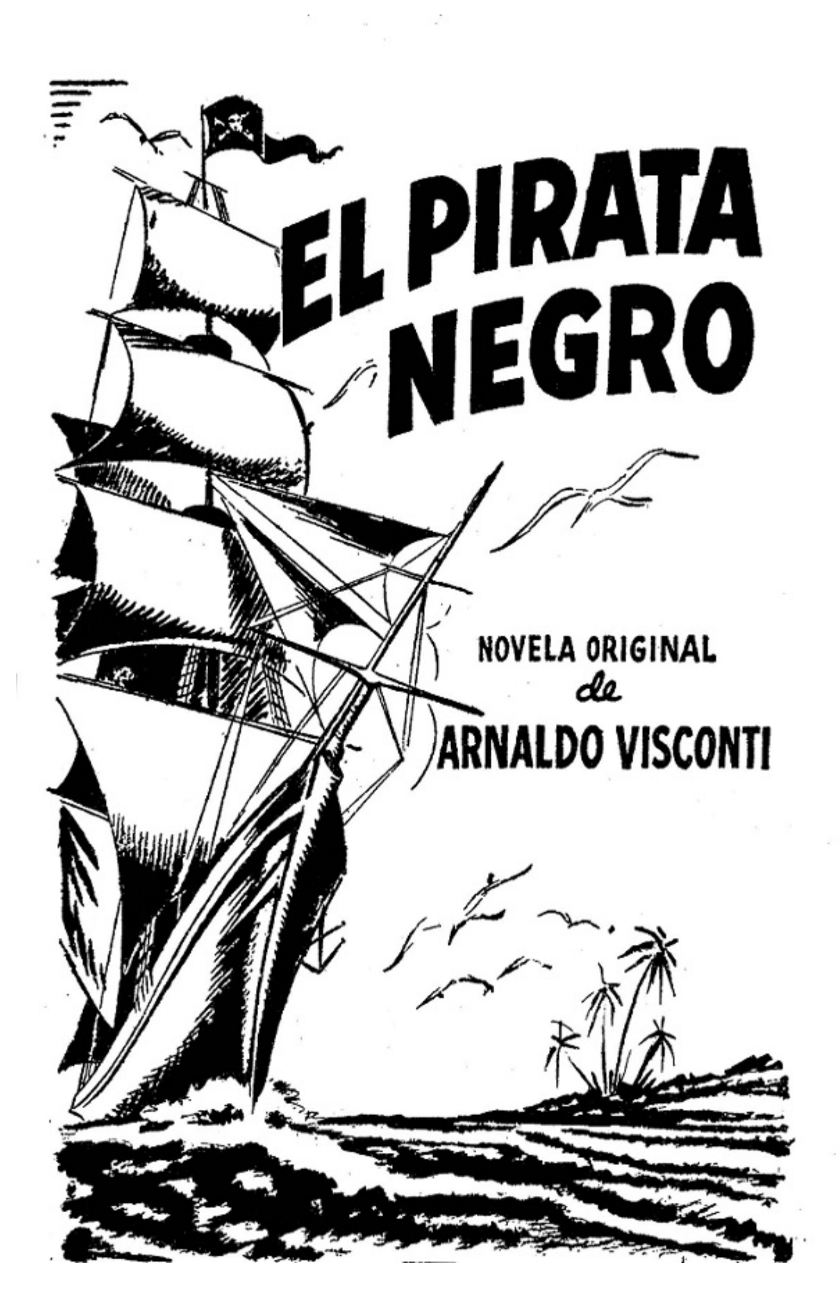
El Pirata Negro - 1

ePub r1.2
xico_weno 10.09.15

Título original: *La espada justiciera*
Arnaldo Visconti, 1946

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI



La ESPADA JUSTICIERA

CAPÍTULO PRIMERO

Recepción en palacio

A fines del año 1693, las culebrinas que vigilaban la entrada al puerto de Panamá dispararon siete cañonazos consecutivos. En la Plaza Real se congregaron reuniones de asustados panameños, que, ignorantes de que los cañonazos eran de pólvora sin proyectil, creyeron al principio en una incursión de las temidas flotas corsarias.

Pronto se aquietaron los ánimos cuando corrió la voz de que las salvas se debían a la llegada de la nave española que llevaba a bordo a la hija del Virrey gobernador.

A lo lejos se divisaba ya la airosa silueta de una goleta que, con las velas desplegadas, surcaba el azulado mar. En el castillete de proa, una mujer, casi una niña, contemplaba extasiada el tropical paisaje, que con toda su esplendorosa vegetación iba aproximándose.

Blanca de Viala era feliz porque, al fin, iba a reunirse con su padre después de cinco años de prolongada ausencia, en los que había vivido enclaustrada en un convento de Ávila, recibiendo una enseñanza cuyo tedioso reglamento disciplinado era un tormento para un temperamento vivaz como el de ella.

La travesía habíase realizado sin contratiempos, pese a las temerosas advertencias de las monjas, que en el convento dieron vuelos a su contenida imaginación hablando de mares infectados de piratas.

Cuando el buque se inmovilizó en el puerto, Blanca de Viala contempló las dos hileras de uniformados soldados que, rígidos y presentando armas, formaban una humana galería por la que avanzaba hacia la pasarela un arrogante coronel cuya blanca peluca enmarcaba un rostro de rasgos duros y enérgicos.

Blanca, que hasta entonces había estado escrutando inútilmente toda la extensión del reducido muelle, estrechó el brazo de su ama.

—No veo a mi padre, Adela. Siempre supuse que esperaría ansiosamente mi llegada.

—El señor gobernador tiene muchas cosas importantes de que ocuparse, niña. El caballero que sube a bordo es, seguramente, su secretario, el coronel d'Almeida, y habrá venido a recibirnos.

Bruno d'Almeida inclinóse cortésmente ante las dos mujeres, ondeando su tricornio ante la que, recién cumplidos los dieciséis años, era ya mujer por don natural… y porque era la hija del Virrey.

—Permitid, señora, que en nombre de vuestro padre os dé su más cordial bienvenida, a la que añado mi más respetuosa salutación como secretario de su excelencia y coronel de sus tropas.

—¿Sois, pues, el señor d'Almeida? —preguntó ella, al mismo tiempo que tendía su mano, que el coronel rozó con sus labios.

—Para lo que gustéis mandar, señora. Vuestro padre me ha enviado para que aceptéis sus excusas por no haber podido salir a recibiros personalmente. Una inoportuna indisposición retiene a su excelencia en palacio.

Con un ademán perentorio, Bruno d'Almeida señaló a unos hombres el voluminoso equipaje que rodeaba a las dos mujeres. Adela Sanchiz, la opulenta ama de llaves y nodriza de la hija del Virrey, habíase retirado discretamente cinco pasos atrás. Pudo estudiar la apariencia física del coronel y determinó que era un hombre guapo y gallardo que portaba maravillosamente los cuarenta años que debía de tener. Pero en los fríos ojos verdosos de mirada oblicua había algo que no le gustaba y le repelía.

Las dos hileras de soldados volvieron a presentar sus armas cuando Blanca de Viala, acompañada del coronel, desfiló por entre ellos hasta llegar a la carroza que aguardaba.

Abandonando sus trabajos, un inmenso gentío se reunió en las

calles de la capital. Querían apreciar si la «española» que llegaba podía suponer para ellos una esperanza…

Blanca de Viala asomaba con curiosidad el rostro por el encuadre de la ventana, y aunque los caballos arrastraban al galope la carroza, pudo darse cuenta de que los semblantes que hacia ella miraban, anunciaban una patente hostilidad los más, e Indiferencia los menos…

Para los panameños se esfumó toda esperanza. La «española» era muy linda…, pero era aún una niña, y no podría oponerse al poder del odiado Bruno d'Almeida.

El corcel blanco que montaba el coronel d'Almeida, galopaba tras la carroza seguido por los veinte caballos árabes de los soldados portugueses, que miraban reciamente ante ellos en pos de la marcial figura del hombre que era su único Jefe.

* * *

El palacio del Virrey hallábase situado en la falda, de la colina que dominaba la ciudad y el puerto de Panamá. Desde el abierto ventanal de su salón privado, Alonso de Viala vio ascender por la polvorienta carretera la carroza que, rodeada de su escolta, le traía a su hija.

A los dos años de su gobierno, Alonso de Viala sufrió unas agudas fiebres cerebrales. No queriendo ser relevado de su cargo por enfermedad que juzgó pasajera, delegó en su secretario d'Almeida el gobierno provisional, y, cuando convaleció, su espíritu había sufrido un debilitamiento total; creyendo en la buena fe del coronel, fue acostumbrándose solamente a firmar cuanto d'Almeida le entregaba.

Físicamente, era un cincuentón de cara ancha y cordial. Hombre inteligentísimo, cuando salió de España, el Rey habíale encomendado el Virreinato de Panamá, con la convicción no sólo dé que enviaba allí a un fiel vasallo de confianza, sino, también, a un hombre recto y justiciero, que atendería al mejoramiento de los

indígenas.

Pero al iniciarse nuestro verídico relato, Alonso de Viala poseía únicamente dos rasgos personalísimos: una abulia infinita para cuanto no se relacionara con el esmerado servicio de su mesa, y una inconmensurable admiración por la actividad que desplegaba su secretario, el coronel, con lo que le evitaba hasta el menor quebradero de cabeza.

En lo único en que el Virrey poseía iniciativa y juicio propio era en el estudio minucioso de los pergaminos, en los que el cocinero mayor exponía sus diarias improvisaciones en el arte gastronómico.

Aquel mediodía de octubre, Alonso de Viala compartía dos sentimientos dispares: una grande y sincera alegría por la llegada de su hija, y un profundo resentimiento contra su pierna, que, hinchada y envuelta en algodones, reposaba sobre un taburete. Aquella maldita gota era la única sombra en su horizonte…

Si alguien hubiese dicho al Virrey que empezaba a ser odiado, habría contraído las pobladas cejas en un inútil intento de adivinar los motivos. Tenía la absoluta convicción de que su gobierno era el mejor, porque tenía a su servicio al mejor y más inteligente de los hombres: su secretario el coronel
d'Almeida
.

Entró la carroza en la enarenada rotonda; se detuvo frente a la puerta principal y la guardia de palacio rindió armas. El oficial de servicio adelantóse a cumplir con el reglamento, que le exigía comunicar la novedad a la autoridad suprema.

Y quizá por deferencia galante o quizá por secreto desafío, el vizconde.

Raúl de Montemar, capitán de la guardia, besó la guarda de su espada enhiesta ante la ventana en que asomó el rostro gentil de una doncella ávidamente curiosa e infantil.

Blanca de Viala, al colocar el diminuto pie calzado en negro escarpín sobre el estribo, aceptó el apoyo del antebrazo que el capitán Montemar le ofreció.

—Sin novedad en la guardia, señora —dijo el capitán; y mientras Blanca, tras breve Inclinación de cabeza, penetraba en palacio, los pensamientos de Raúl de Montemar fueron Idénticos a los de quienes habían visto desfilar la carroza desde el puerto.

Consideraba que la hija del Virrey tenía toda la apariencia de un hada, pero su núbil belleza no era esperanzadora para los que deseaban la cesación del poderío de Bruno d’Almeida, verdadero dueño y señor de Panamá.

* * *

—Bienvenida, hija mía. Perdona que no pueda levantarme. ¡Esta dichosa pierna!…

Blanca de Viala se mantuvo arrodillada y abrazada a su padre unos minutos: sentíase hondamente emocionada al ver de nuevo al que le había dado el ser y colmado siempre de atenciones. D’Almeida, en pie, contemplaba la escena con irónica sonrisa; sonrisa que se borró rápidamente de su rostro cuando el Virrey alzó la vista hacia él.

—Estoy indignadísimo, Bruno —dijo el Virrey—. Hoy precisamente, cuando quería celebrar adecuadamente este feliz acontecimiento, el bellaco de Antón me anuncia que no ha podido preparar ánades con maguey.

Blanca de Viala, que continuaba abrazada a su padre, le miró extrañada. ¿Antón? ¿Ánades con maguey?

Su excelencia debe perdonar al cocinero. Un plato tan exquisito —dijo seriamente el coronel— ofrece muchas dificultades en su elaboración, habida cuenta de que últimamente los ánades han emigrado a otras costas.

—No busquéis atenuantes para Antón —rebatió el Virrey—. Percibe un sueldo copioso para tener siempre dispuesto lo que yo le exija. Sí, hija mía, lo siento, pero aún no podrás probar las delicias de unos patos silvestres dorados a fuego lento con tiernos magueyes, fruta que también desconoces. Quería reservarte esta sorpresa y…

El Virrey se interrumpió repentinamente, y, mirando con fijeza ante él, pareció olvidar por completo la presencia de su hija. Procedente del exterior, un cadencioso silbido modulado con intermitencias, alternaba con el ronco y apagado sonido de un tambor indígena.

Profundamente extrañada, contempló Blanca la entontecida

expresión del rostro de su padre; y aumentó su confusión al ver como el Virrey, enderezándose, le indicaba la puerta con un ademán.

—Vete, hija mía; estoy cansado. Esta noche, vístete lo mejor de tus galas; tengo que presentarte a…

De nuevo se interrumpió; a lo lejos resonaban más acelerados los silbidos cadenciosos y los rumores del tambor.

—Me permito aconsejaros, señora —dijo d'Almeida, ayudando a Blanca a incorporarse—, que obedezcáis a vuestro padre. Su excelencia está fatigado por la emoción…

—Sí, estoy fatigado por la emoción. Hasta después, hija. Vendré a buscarte. En cuanto a vos. Bruno, ordenad que preparen mi silla de manos.

Blanca besó en la frente al Virrey, que continuaba como absorto en íntimas divagaciones. Apoyó la mano temblorosa sobre el antebrazo del coronel y salió de la habitación. Apenas hubieron cruzado la puerta, Blanca enfrentóse con el coronel.

—¿Qué le ocurre a mi padre? Está desconocido; la última vez que le vi era muy distinto.

—Sufrió un ataque de fiebres, y esta enfermedad requiere mucho tiempo para que sus efectos desaparezcan. Pero no temáis. Pronto se repondrá. Además, es excusable su emoción al veros…

—Yo no creo que se deba a esto, coronel. Su extraña actitud coincidió con un silbido y con los sonidos de un tambor…

—Permitidme deciros, señora, que son figuraciones vuestras. En los poblados de las montañas, los indios entretienen sus ocios pulsando el tambor y sonando las flautas de caña. Atribuid la actitud de su excelencia exclusivamente al cansancio propio de toda convalecencia.

—¿Cansancio? ¿No acaba de pedir su silla de manos?

—Todo fiel servidor del Rey de las Españas debe anteponer su deber al mejor o peor estado de su salud. Y, ahora, si me permitís, señora, puesto que vuestra ama sabe ya cuáles son vuestras habitaciones, me retiraré. Debo cumplimentar las órdenes de su excelencia.

* * *

A las nueve de la noche, Blanca de Viala revistió los brocales de oro qué, ciñendo su busto, ultimaban sus galas nocturnas para la cena. Miróse en el gran espejo de Venecia nimbado por una ronda de amorcillos, y se retocó los rubios bucles que, extendiéndose en cascada sobre los desnudos hombros, aureolaban su frente de rizos.

Adela Sanchiz extrajo de un estuche un diminuto redondel de negro terciopelo, y, con experta mano, lo aseguró sobre la mejilla de Blanca.

—Estás encantadora, niña. No habrá corazón que no aliente silenciosos madrigales al verte. ¿Por qué no sonríes? Pareces preocupada desde que viste a su excelencia.

Blanca no replicó; no quería aún explicar a su ama la profunda tristeza que le había ocasionado el extraño proceder de su padre. Oyóse ruido en la antesala, y Alonso de Viala entró revestido de una casaca marrón y blancos pantalones y medias. Blanca se aproximó a él con pasos de autómata; él la besó en ambas mejillas, contemplándola largamente.

—Mis ojos ven en ti a una preciosidad, hija. Y estoy contento; fui al interior, y los indios poseen remedios especiales para esta dichosa gota que los médicos españoles no saben curarme.

Los ojos del Virrey brillaban febrilmente y había desaparecido en él todo vestigio de apatía cuando tendió la mano a su hija.

—Vamos. El tiempo apremia.

A través de antecámaras y salas de parada, entre unas cuantas damas que a ellos se añadieron en cortejo, y pasando entre uniformados militares, Blanca de Viala, de la mano de su padre, fue recibiendo las corteses reverencias de todos. Pero siguió observando que había reticencias en las sonrisas y hielo en los cumplidos que las damas le prodigaban al serle presentadas.

En un rincón de la gran sala de audiencia, el capitán Montemar, que había sido relevado de servicio a las ocho, atendía distraídamente a las observaciones de otro oficial.

—… Y ya tenemos la corte completa, Raúl —decía el oficial—. Estábamos sin virreina; hela aquí. Es rubia.

Blanca por nombre y su tez es dulce, encantadora, tal como un obsequio que el cielo clemente nos depara.

El capitán Montemar no oía, porque acababa de recibir una grata impresión: los azules ojos de la hija del Virrey se posaban

desde lejos en los suyos. Y la mirada fue más larga de lo que los cánones cortesanos admitían…

Cuando a medianoche, después de la cena, en la que reinó una artificiosa animación, regresó Blanca a su alcoba y se hundió en la fresca acogida de las sábanas, llevaba consigo el germen de una gran melancolía. Le parecía estar prisionera en un medio hostil. Una vez quitado el vestido de gala, ya no se atrevía a convertirse en la niña que era.

Palpitante de incertidumbre, presionó con su diestra sobre el corazón. ¿Por qué aquella hostilidad que notaba en todos los semblantes? ¿Por qué sufría su padre, en el corto espacio de horas, cambios tan bruscos en su fisonomía y carácter?…

El cansancio físico venció a la inquietud de su alma y el sueño la ganó. Unos grandes ojos verdosos y de mirar oblicuo, los ojos del coronel d'Almeida, iniciaron en el sueño una pesadilla…, pero la última imagen que flotó en su conciencia antes de sumirse en el sopor definitivo del sueño, fue la varonil figura del capitán que la había recibido a su llegada.

Al menos, aquél no ostentaba en el atractivo rostro ni hostilidad ni indiferencia; sólo alentaba en su mirada simpatía… y admiración.

Y, ya dormida, una sonrisa se dibujó en los labios de la niña que iba a empezar su aprendizaje de mujer en el Panamá del 1693.

Capítulo II

La tela de araña

El capitán Baúl de Montemar esperaba en la antesala del ala izquierda del palacio donde la hija del Virrey tenía sus habitaciones. Estaba intrigado ante el aviso que por la mañana, Adela, el ama de Blanca, habíale dado personalmente, encareciéndole la mayor discreción y especificando que acudiera a las cuatro en punto de la tarde.

Era la hora en que todos los moradores del palacio dormían la necesaria siesta, que en aquellas latitudes mitigaba el cansancio producido por el ardiente calor.

Con el mismo sigilo con que había ido a avisarle por la mañana, apareció ahora Adela, llevándose el índice a los labios en muda invocación de silencio.

Instantes después, en una sombreada salita, Montemar inclinóse profundamente ante Blanca.

—Me reputaréis, quizá, osada al mandaros llamar, capitán. Bien sé que no es costumbre honesta conceder una entrevista a tales horas y… a solas. Pero preciso de vuestra ayuda.

—No tenéis más que exponer vuestros deseos, señora, y será para mí la más grata de las obligaciones el cumplirlos.

—Decidme; yo soy inexperta en lides cortesanas, pero poseo el suficiente discernimiento para comprender que hay en el ambiente que me rodea una perenne hostilidad.

—Nadie puede seros hostil, señora. Encarnáis una juventud libre de toda intención perjudicial para ningún interés.

—No me refiero a mí personalmente. Percibo en todos los semblantes un cohibimiento que no sé a qué atribuir, y me desvela el pensar que yo, ignorante de algún mal, siga viviendo sin intentar ponerle remedio.

Todo el diálogo había sido hasta entonces hablado en voz baja, y ambos jóvenes no se miraban. Trataban de dar a su conversación toda la impersonalidad de unas palabras banales. Pero Montemar estaba en guardia contra los dos peligros que presentía: el menor, el que con perspicacia de mujer hubiera Blanca adivinado la situación, y el mayor, que sus ojos iban ya acostumbrándose a la penumbra y percibiendo en todo su valor la real belleza delicada de la hija del Virrey.

—Nada ocurre, señora, que vos podáis remediar.

—¿Queréis decir con ello que el mal es de tal naturaleza que mis esfuerzos serían inútiles?

Juzgó Montemar que si Blanca era una niña, por la cándida tersura de su rostro, era ya una mujer por la clarividencia de sus preguntas.

—Yo creo, señora, que vos, recién llegada de España, os sentís desconcertada por el carácter colonial y…

—Esquiváis la respuesta a mi pregunta, capitán —dijo ella, sonriente, pero decidida—. Es mi deseo saber qué oculto poder se agita en esta mansión que me causa a veces el achaque de estar presa en una tela de araña tejida por mano invisible.

—Creedme si os digo que ésa es la primera impresión que producen los vastos espacios tropicales y que…

—Vuestras respuestas son evasivas, capitán. Yo esperaba que vos tendríais a bien desvanecer mi inquietud, proporcionándome el informe que de vos solicito.

—Cuanto pueda un hombre hacer y más, haría yo para complaceros, señora. Pero en el caso presente, de ninguna ayuda puedo seros, ya que me habláis de cosas inexistentes.

—¿Lo creéis así, sinceramente?… ¿Puedo solicitar vuestra palabra de caballero de que nada ocurre que pueda inquietarme como hija y como española?

Raúl de Montemar cesó de mirar a la encantadora figura que constituía ya una turbación para la claridad de su raciocinio.

—Juré, al tomar posesión de mi cargo, ser fiel al Virrey, vuestro padre, porque es la representación en esta región del poder del Rey —dijo, irguiéndose—. Y, por la carrera de las armas que profeso, debo una estricta fidelidad al Virrey. No puedo ni me es posible añadir una sola palabra más. ¿Me permitís que me retire, si no

mandáis algo más?

Blanca de Viala estrujó el pañuelo bordado que entre sus manos sostenía. Levantó también altivamente el rostro.

—Hubiera deseado contaros como amigo, capitán. Estoy muy falta de ellos en esta tierra para mí desconocida.

Sintió Montemar que su decisión de guardar silencio iba a flaquear.

—Si en esta ocasión no he sabido serviros, señora, no lo achaquéis a indiferencia. Disponed siempre de mí para cuando os precisé la fiel servidumbre de un hombre… que hubiera deseado ser ya desde este instante vuestro respetuoso amigo.

Hizo una profunda reverencia y abandonó la estancia.

* * *

En su despacho privado, cuyo acceso era oculto, el coronel d'Almeida
escuchó atentamente las detalladas explicaciones del jefe de sus confidentes, que por orden suya había montado una discreta y tenaz vigilancia alrededor de todos les actos de la hija del Virrey.

—Bien, Fadrique. Según deduzco de tus explicaciones, el capitán Montemar ha sabido guardar un prudente silencio. Y en cuanto a la damita, sufre pesadillas y ve una tela de araña en torno suyo —y el coronel sonrió con mueca burlona que distendió desagradablemente las comisuras de sus delgados labios—. Procuraremos que la tela de araña siga siendo invisible, pero aún más sólida. Desde este instante, el hombre de mi servicio secreto que no sepa darme cuenta exacta de todos los pasos de la damita curiosa, será ajusticiado. Repítelo así a tus hombres.

* * *

Durante dos días, Blanca tropezó siempre con la misma consigna en la puerta que conducía a las habitaciones del Virrey. Su excelencia estaba enfermo de resultas de una recaída y no podía ser visto por nadie, según prescripción facultativa de los médicos que le atendían.

Cuando insistió alegando que después del Virrey era ella la mayor autoridad en palacio, el propio coronel

d'Almeida
, con obsequiosa sonrisa, la había mostrado una esquela firmada y escrita de puño y letra del Virrey, en la que Alonso de Viala rogaba a su hija que durante unos días se abstuviera de recordarle el dolor de que era un hombre enfermo.

Vagaba ella como alma errante por los desiertos salones de palacio y aún el mismo jardín, con sus bellezas, no lograba disipar las tinieblas que a pleno sol se le antojaban que la rodeaban, produciéndole escalofríos.

Cuando toda la servidumbre hallábase durmiendo la siesta, Blanca se dirigió a las caballerizas, donde gustaba de estar unos instantes acariciando a los nobles brutos, que iban ya reconociéndola y admitiendo de buen grado los terrones de azúcar con que ella les regalaba.

Pasaba delante de la habitación de su ama, cuando se detuvo y se acercó a la entreabierta puerta. Oía clara y distintamente la gruesa voz de Adela Sanchiz que rezongaba:

—… y yo no puedo consentir que mi niña esté triste. He adivinado que ella comprende que en este caserón ocurre algo misterioso. Y tengo que averiguarlo. Y tú, Mirenchu, me lo vas a decir. ¿Qué es lo que ocurre en este antro?

—¡Oh, doña Adela! —Replicaba la voz de la camarera particular de Blanca—. ¿Llamáis antro a este palacio?

—Lo será mientras mi niña no sonría. Y tú me vas a decir lo que ocurre aquí, porque lo sabes.

—¿Yo? ¿Cómo voy a saber nada?

—No te hagas la lagartona conmigo, muchacha. Te doblo la edad, y cuando tú eras una mocosa era yo una criada lista. Y siempre he sabido cuanto pasaba a mi alrededor, porque para bien servir hay que bien saber.

—Yo podría hablar, doña Adela, porque sé. Pero me da miedo…

—¿De qué? Todo el mundo duerme; estamos tú y yo solas…, y te daré dos doblones de plata, de esos españoles, que tanto relucen.

—No lo hago por el dinero, doña Adela. Es porque yo también quiero que usted sepa que soy una criada lista. Lo que pasa es que todos dicen que «esto» sólo lo arregla el Pirata Negro.

—¿«Esto»?… ¿Qué es «esto»? ¿Y quién es el Pirata Negro?

—Veréis; dicen que un genio maléfico se ha apoderado de la

voluntad del Virrey, y que éste sólo hace lo que el genio de la laguna le ordena.

—Tú eres vasca, Mirenchu, y todas las norteñas creéis en trasgos y duendes. Pero yo, no, a Dios gracias. Yo soy manchega de pura cepa y llamo pan al pan. ¿Quién es este genio maléfico que tú dices?

—No llega a tanto mi entendimiento. Sólo sé y repito lo que he oído.

—Y este Pirata Negro, ¿quién es?

—Un apuesto aventurero, un hombre que enamora y rinde los cora…

—¡Demontres! Eso me tiene sin cuidado, coquetuela. Pregunto si es o no es un maldito corsario.

—En el mar ataca a los corsarios, de quienes es el terror. Cuando su pabellón, con el aguilucho que se cierne en raudo vuelo, ondea en su verga mayor, ingleses y holandeses, huyen, si pueden, y hasta los mismos franceses prefieren rehuir el combate.

—¡Un bandido! ¡Eso es lo que es tu Pirata Negro!

—¡Oh, no, doña Adela! En tierra, su espada es justiciera y siempre defiende las causas nobles. Es el paladín de los oprimidos.

—Y a ti te oprime el corsé, ¿verdad? En fin, poca ayuda puede esperarse de un corsario. ¿Y qué más sabes?

—Nada más, doña Adela. Y lo juro por mi salvación eterna. Y, por favor —suplicó temerosa la voz de la doncella—, que nadie sepa lo que os he dicho. Me matarían…

Blanca de Viala empujó la puerta y entró. Un grito de terror la saludó, y, despavorida, Mirenchu, la doncella vasca, desorbitó los ojos, cubriéndose la boca con las dos manos. Su entrecortada respiración recuperó el ritmo normal al ver quién era la intrusa.

—No temas nada de mí, Mirenchu. Nada te pasará si me dices sólo una cosa. Has afirmado que te matarían si supieran lo que has hablado. ¿Quién te mataría?

—El ge… genio maléfico… de la laguna…

—Los duendes no matan; sólo sirven para asustar a las temerosas cobardes. ¿Qué hombre tiene tu genio maléfico?

—No sé… no sé. Os lo Juro.

—Entonces, dime sólo dónde y cuándo puedo encontrar al Pirata Negro.

—¡Pero, niña! —protestó Adela, escandalizada—. ¿Vas a exponer tu buen nombre, y quizá tu vida, dando crédito a las patrañas de esta lenguaraz muchachuela?

—De cuanto Mirenchu ha dicho sólo hay una realidad. Todos dicen que el Pirata Negro puede solucionar una situación que aún ignoro, pero que presiento dañina para mi padre y para España. Y el Pirata Negro no es ningún genio maléfico, ¿verdad, Mirenchu?

—¡Oh, no, señora! Es arrogante como un dios de leyenda, y…

—¡Y te callas, tontuela!… —atajó Adela—. Vámonos, mi niña.

—No me iré sin antes saber cómo puedo comunicar con el Pirata Negro. Te lo ordeno, Mirenchu.

—Dicen que cuando el Pirata Negro no está en el mar, se oculta en el monte alto de los indios. Y hace poco regresó de un combate en el que venció a los dos corsarios ingleses que intentaron atacar la Perla Española. Por lo tanto, quizá…, pero costaría dinero, señora.

—Entonces, ¿el Pirata Negro es un espadachín que se hace pagar?

—¡Oh, no, señora!… Tiene más oro que un rey. El dinero sería para un hombre de la ciudad que llevaría el mensaje.

—Toma mi bolsa y que le digan al Pirata Negro que Blanca de Viala le invita a una entrevista mañana piula noche, a las once, en el banco de mármol del Bosque de los Ciervos.

—¿Aquí, en palacio? —preguntó Adela, asustada.

—Sí; porque si yo saliera al exterior no podría evitar la escolta. Y en cuanto al Pirata Negro, si es tal como Mirenchu lo describe, no temerá acudir a la cita, aunque sea en el propio palacio.

—Podéis dar por seguro, señora, que vendrá.

—¿Recuerdas bien mi mensaje?

—Sí, señora. Palabra por palabra.

—Añade que no falte a la cita, porque es asunto de vida o muerte.

* * *

El coronel d’Almeida quitóse del cinto una escarcela, a través de cuyas mallas se adivinaba el oro de unas monedas. La echó sobre la mesa, al alcance de la mano de Fadrique, su hombre de confianza.

—Buen servicio, Fadrique. Ofrecí una recompensa de mil escudos para quien me trajera al Pirata Negro, muerto o vivo, y la Providencia, velando por mis intereses, se encarga de convertir a la damita curiosa en el inconsciente verdugo del corsario. Sólo este hombre turbaba mi tranquilidad, Fadrique, y mañana caerá en mi poder.

—¿Y Mirenchu, señor?

—Déjala que viva hasta mañana por la noche. Matarla ahora sería despertar la fácil suspicacia de la damita curiosa. Que los cinco mejores hombres de mi guardia personal rodeen sin ser vistos el Bosque de los Ciervos mañana por la noche.

CAPÍTULO III

El Pirata Negro

Un profundo silencio Envolvía por completo el círculo plateado por la luna, que se abría paso entre los copudos árboles del Bosque de los Cierros. Blanca de Viala aguardaba impaciente, sentada en el banco cuyo blanco mármol refulgía en el centro de la pequeña explanada circundada por el bosque.

Un leve temblor imprimía a sus labios un aleteo de excitación, y sus grandes ojos azules escrutaban inquietos la soledad que la rodeaba. Había rehusado la compañía de Adela, imponiéndose a la testaruda ama y demostrándole que debía acudir sola a la cita, puesto que ella sola era la que había llamado a aquel extraño personaje de leyenda, que era, Sin embargo, un ser humano y verídico, cuyo nombre corría de boca en boca.

Reprimió un grito al notar la repentina presencia de una alta silueta que pareció brotar de la tierra. Comprendió que el hombre que acababa de aparecer ante ella, envuelto en negra capa y cubierta la cabeza por un sombrero también negro, de anchas alas, había saltado elásticamente al suelo desde el ramaje de un árbol cercano.

—¿Sois…, sois…?

—El que aguardáis.

El desconocido desembozóse, dejando su capa prendida al hombro. Sus vuelos interiores eran de un rojo llama; el resto de su atuendo era negro. Jubón ajustado de negra seda, cruzado por la bandolera de la espada; calzas ceñidas que se hundían en medias botas…

Pero Blanca de Viala sólo tenía ojos para ver el semblante, exótico para ella, que estaba acostumbrada a los afeitados y pulidos semblantes masculinos enmarcados por blancas pelucas.

El rostro del Pirata Negro proporcionaba una inquietante mezcla de impresiones: los ojos, de un negro intenso y brillante, y la nariz, aquilina y corta, complementada por el mentón pulcramente afeitado, daban la sensación del hombre audaz, para quien la violencia es el credo del diario vivir.

Un bigote de fino trazo sedoso sombreaba el labio superior, y entre los firmes labios destellaban los dientes, resaltando su blancura en la bronceada tez. Cubría a medias su cabeza bajo el ladeado sombrero un pañuelo rojo que dejaba libres algunos mechones de pelo crespo, negro y rebelde. En la oreja izquierda brillaba un gran arete de oro; y el negro ropaje de seda modelaba una musculatura hercúlea y ágil, de dureza de acero.

—Entonces, ¿sois vos el que llaman el Pirata Negro? —preguntó ella, procurando afirmar la voz.

—Así me llaman. Pero para vos soy Carlos Lezama, ya que ha sido Blanca de Viala la que me ha llamado.

La voz del corsario tenía una entonación grave y sonora; cruzóse de brazos, reclinándose contra el mismo árbol del que acababa de saltar con prodigioso salto felino.

—Yo soy la hija del Virrey, por si lo ignoráis.

—Prefiero ignorarlo, porque el Virrey ha ofrecido mil escudos por mi cabeza.

—No lo sabía, creedme. De haberlo sabido, no hubiera cometido la imprudencia de exponeros al grave peligro que ahora corréis.

—La vida no tiene valor si no se sabe ofrecerla a una dama que invoca la muerte. El mensaje que recibí decía que era un asunto de vida o muerte. Y que era Blanca de Viala quien deseaba verme. Muerte y mujer, aunque empiecen por la misma sílaba, son palabras que deben de repelerse mutuamente, como se repelen lo feo y lo bonito. No os ofusquéis por mi lenguaje; desconozco los modales de corle. Tengo ya treinta años y es tarde para aprenderlos, pero no demasiado tarde para admirar la gentileza con que una mujer, casi una niña, como vos, cita sin vacilación al Pirata Negro, de quien os habrán contado mil fechorías.

—Sólo presté oídos a las palabras que decían —y Blanca, cruzando las manos sobre el pecho, pareció recitar una plegaria en la noche callada—: «Es una espada justiciera y defiende las causas nobles».

—Gracias, Blanca de Viala —y el corsario, reclinado sobre el árbol, con los brazos cruzados, inclinó la cabeza sin abandonar su postura—. ¿Y cuál es la causa noble que creéis que puedo defender?

—Dicen que mi padre está dominado por un genio maléfico. Yo no creo en los genios del mal.

—Hacéis bien; a vuestra edad sólo debe creerse en hadas y dulces sueños. ¿Y qué teméis por vuestro padre? Vive en un palacio rodeado de soldados, come y bebe cuanto le apetece, no se preocupa en lo más mínimo por los trabajos que por su cargo le pertenecen, es un ser sin voluntad…

—No permito que habléis en ese tono del Virrey —cortó ella con ademán de enfado.

—El habla de mí en tonos peores. ¿Hay algo peor que poner mi cabeza a precio? Pero no os molestéis, Blanca de Viala. Seguid contándome cuanto queráis.

—Yo… yo quiero saber qué es lo que ha motivado la transformación que mi padre ha sufrido. Yo le conocí activo, enérgico, inteligente, y ahora… —Ocultóse el rostro entro las manos, y sinceros sollozos de pesadumbre levantaron sus gráciles hombros.

Carlos Lezama acaricióse el lóbulo de la oreja y sus dedos palparon el arete de oro.

—¿Lloráis? Perjudica a los ojos; no debéis hacerlo. Llorando nunca se solucionó nada. Repito que desconozco los modales cortesanos; por esta razón no veáis mero cumplido en lo que voy a decir. ¿Qué deseáis que haga? Lo haré con tal de que cesen de llorar los dos trozos de cielo en alta mar que son vuestros ojos.

—Decidme quién es el culpable de la transformación de mi padre.

—Cuentan las comadres que unas fiebres agudas trastornaron el cerebro del Virrey. Pero yo no presto oídos a los comentarios de comadres; recojo mis informes en fuentes puras y menos adulteradas. Figuraos, por un momento que este silencioso bosque es una laguna cenagosa donde gimen los caimanes; y en el centro de la laguna hay una choza-palacete donde mora una belleza tenebrosa y silvestre, nacida para ser esclava, pero que es reina por su belleza y sus malas artes. Desciende de indios y conoce los bebedizos que anulan la voluntad del hombre… Y ahí tenéis la explicación del

porqué el Virrey no cumple con su deber.

—No comprendo el significado de vuestras palabras…

—Sois una niña; el sonrosado estuche de vuestro oído no puede ser manchado con el relato de las pasiones humanas. Vuestros oídos están hechos como concha de nácar, que sólo pueden recibir madrigales.

—No vine aquí para oírlos, señor pirata.

Carlos Lezama rió con risa bronca, pero que sonó agradablemente en los oídos de la desconcertada Blanca. No había burla en la carcajada, sino ternura y simpatía.

—Torpe de mí, Blanca de Viala, si pretendiera ofenderos con mis madrigales. Quería deciros que no os puedo aclarar con más detalles los motivos por los que el Virrey está esclavizado a una voluntad ajena. Esta voluntad manifiesta su total dominio sobre vuestro padre con una melodía que yo llamaría «melodía de la muerte lenta». Dicen que el Virrey, al oír esta melodía, abandona cuanto está haciendo, aunque sea el comer, que para él es lo único que cuenta, y va como poseso hacia donde le llaman.

—Un tambor monótono y un silbido que parece el soplo de una víbora.

—¿Sabéis, entonces…? Está bien definido: el soplo de un víbora. Sí; Olinda es una bella víbora.

—¿Olinda, decís? ¿Quién es Olinda?…

Pero el Pirata Negro había vuelto el rostro, escudriñando las cercanías, y no escuchaba ya a Blanca. Cuando la miró, sus mandíbulas crispadas daban a su rostro un carácter de dureza que alarmó a Blanca.

—¿Tan niña y tan artera ya? —Silabeó en voz baja el corsario, acercando su rostro al de ella—. ¿Conque queríais mi ayuda? Y supisteis llorar tiernamente acongojada, mientras vuestros esbirros rodeaban el bosque para prenderme.

—Pero… ¿qué decís? —gritó ella, poniéndose en pie.

—No finjáis más, Blanca de Viala. Conozco desde muy lejos el brillo de las espadas. Y mirad a nuestro alrededor; entre los matorrales se distinguen claramente los rojos correajes de los esbirros del Virrey.

—Yo no…, yo no…, os juro que…

—No mientas de nuevo, niña. Una figura tan gentil como la

tuya, no debe usar la mentira tan pronto. ¿Qué reservas para tu vejez?

Dio el Pirata Negro media vuelta y desenvainó su sable; silbó agudamente con estridente silbido que rasgó el silencio. Como si el silbido hubiera sido un acicate para los cinco portugueses de la guardia personal del coronel d'Almeida, un círculo de cinco hombres fue avanzando hacia el árbol donde el corsario aguardaba.

—¿Cinco sois? —rió Carlos Lezama—. Aún estáis a tiempo de retroceder y desobedecer a vuestro tirano. Porque no es el Virrey quien os manda; es el perro coronel portugués.

—¡A él! —gritó d'Almeida, entrando en la explanada.

—¿Por qué no vienes tú a mi encuentro, portugués, en vez de mandar al sacrificio a estos corderos?

Tres soldados dieron un salto hacia delante tendiendo las puntas de sus espadas. El corto sable de abordaje del corsario se abatió con fuerza sobre las relucientes hojas, mientras Blanca, despavorida, corría hacia el lugar donde se iniciaba la lucha.

Halló su camino interceptado por el coronel, que la sujetó delicada pero firmemente por la cintura.

—Perdonad, señora, pero no debéis…

—¡Soltadme! Os mando que me dejéis libre. Este hombre que vuestros soldados atacan, vino aquí porque yo le llamé, y debe salir de aquí sano y salvo porque así os lo ordeno.

—Me es imposible acatar vuestro mandato porque tengo otro anterior de su excelencia para apresar a este corsario rebelde y traidor.

Estalló una carcajada, y con raudos molinetes el Pirata Negro fue defendiéndose de los ataques, mientras exclamaba:

—Por lo que acabas de decir, portugués, morirás. Es el peor insulto oírse llamar traidor por el más traidor de los cobardes.

Retrocedió hacia el muro que lindaba con el bosque, y apoyó sobre él sus anchas espaldas, mientras describía amplios círculos con el sable. Limitábase a defenderse repartiendo feroces tajos y mandobles contra las hojas de acero que le amenazaban. Su corto

sable de abordaje, pesado y ancho, abatía al suelo las espadas.

De pronto, en lo alto del muro apareció en pie la gigantesca figura corpulenta de un coloso negro, que esgrimía un arma extraña: el «rompecabezas» cubano.

Un largo látigo rematado por varias cordezuelas de plomo restalló por los aires cruzando los rostros de los que atacaban al corsario. El negro saltó al suelo junto a Carlos Lezama, y los tres soldados que quedaron en pie iniciaron un cauteloso retroceso.

—¡Llegaste a tiempo, Tichli! —rió Carlos Lezama—. Hubiera tenido que herir a estos corderos, que se ponían ya pesados. Sígueles azotando mientras yo voy a hablar con el coronel portugués.

Blanca de Viala habíase hasta entonces debatido inútilmente entre los brazos del coronel d'Almeida. Contempló los dos saltos felinos con los cuales el Pirata Negro se acercaba a ellos…, y tuvo el tiempo justo para desviar hacia lo alto el cañón de la pistola con que el coronel, sin soltar la femenina cintura, disparaba sobre el corsario. El plomo se perdió en el aire.

—¡Suelta a esta dama, portugués!

Bruno d'Almeida no carecía de valor; desenvainó como si quisiera proteger con su cuerpo al de Blanca.

—Todavía es pronto para que te ajuste las cuentas, d'Almeida. No quiero aún hacerte el honor de manchar mi sable con tu venenosa sangre.

De un inverosímil impulso el Pirata Negro se abatió sobre d'Almeida, al que derribó al suelo. Hizo chocar el cráneo del portugués por dos veces contra la hierba. Se enderezó limpiándose las manos.

—He querido ahorraros una escena desagradable, señora.

Oyéronse cercanos los acompasados ruidos de unos pies corriendo.

—¡Idos, por favor! ¡Corréis peligro! ¡Vienen más soldados!

—Volveré, señora. Contad conmigo y perdonad si antes os acusé de mentir. No podía saber la verdad que ahora sé. Hasta pronto.

Repartiendo latigazos con su rompecabezas, el negro cubano Tichli protegió la retirada de Lezama hasta el muro…

Cuando, al frente de una sección, llegó Raúl de Montemar a la explanada, sólo halló cinco soldados de rostros ensangrentados y al coronel d’Almeida que se incorporaba dificultosamente, sacudiéndose las mancilladas ropas…

Blanca de Viala había salido corriendo hacia el palacio. Llegaba ya a las caballerizas, cuando se detuvo horrorizada.

En el suelo, con una daga sobresaliendo de su pecho sin latidos, yacía muerta Mirenchu, la camarera que el día anterior se había ofrecido como enlace para el mensaje al Pirata Negro…

Llevándose las manos a las sienes, Blanca de Viala se desplomó sin sentido.

Capítulo IV

Un pañuelo bordado

Cuando Blanca de Viala tuvo conciencia de dónde se hallaba, vio sentada junto a su lecho a su ama, que la miraba ansiosamente. Trató de recordar cuanto le había ocurrido, y, aunque a través del ventanal percibía la reconfortante claridad de un sol esplendoroso, se estremeció pensando en la doncella yaciendo muerta en el empedrado y frío enlosado del patio de las caballerizas.

—¿Tienes frío, niña? —preguntó, solícita, Adela, arropándola—. Ayer noche te vi llegar sin sentido, pálida como un cadáver, en brazos del capitán de la guardia. Ya te advertí que era arriesgadísimo entrevistarse con ese pirata que Dios confunda. Felizmente, el capitán te recogió cuando te desvaneciste, y, gracias a sus cuidados, estás fuera de todo peligro. Habrías podido quedarte expuesta al relente… Él mismo fue quien trajo un sedante que te ha proporcionado un sueño largo y reparador. El pobre caballero estaba muy afligido…

—¿De quién hablas? —preguntó Blanca, acomodándose mejor en el lecho.

—Del capitán Montemar, del apuesto vizconde La Guardia, que cada dos horas ha venido a preguntarme si dormías, si no tenías fiebre, si…

—Como quiera que sea, debo ver de nuevo al… —Y Blanca se detuvo. Su clara inteligencia adivinaba que de entonces en adelante el silencio sería mi mejor arma. La muerte de Mirenchu sólo podía tener un significado: había sido oída por el «genio maléfico»…— ¡Pobre Mirenchu! —recordó, sinceramente apenada.

—¡Pobrecilla!… La apuñaló el pirata.

—¿Cómo puedes decir esto? —protestó indignada Blanca—. Carlos Lezama no es hombre capaz de cometer tal acto.

—No te acalores, niña. Dicen en palacio que a Mirenchu la mató el negro cubano, el gigante que acudió saltando por el muro cuando el Pirata Negro silbó.

—Mienten… —susurró Blanca en voz baja—. ¿Qué motivos podían ellos tener contra la infeliz Mirenchu?

—Porque fue ella quien les envió el mensaje, y ellos, al verse sorprendidos en una emboscada, la mataron.

Blanca denegó de nuevo, pero esta vez con un simple ademán que estremeció sus redondos hombros.

—No quiero ni pienso discutir contigo, Adela. Seguramente será como dices: habrán sido los piratas los que han matado a Mirenchu. Y, ahora, quiero levantarme; prepara mi vestido de amazona.

—¡Cómo!… ¿No pretenderás que yo sea tan loca para consentir?…

—Ya no estoy en el convento ni soy ninguna niña, Adela. Haz lo que te he dicho. Prepara mi vestido de amatoria.

Después del desvanecimiento de ayer noche, un paseo a caballo no es lo más apropiado para reponerte.

—Haz lo que te he dicho.

De las caballerizas fue elegida por la misma Blanca una jaca torda cuya nobleza y mansedumbre estaba comprobada. Antes de ensillarla, llamó Blanca a uno de los soldados, que, manteniendo las riendas de su propio caballo, aguardaba la salida para dar escolta a la hija del Virrey.

—Id en busca del oficial que esté hoy libre de servicio. Quiero que me dé escolta.

Sabía que Baúl de Montemar estaba libre de guardia, e instantes después el capitán la saludaba. Devolvió ella en silencio el saludo, y, ayudada por él, montó. Atravesaron al paso los jardines del palacio. Ella al frente, unos pasos atrás el capitán Montemar, y a una respetuosa distancia los soldados.

El polvoriento camino de la colina ascendía hacia un estrecho sendero que, atravesando una barrancada, conducía a un espeso bosque. Blanca clavó el acicate a su jaca, que emprendió primero un alegre trote, cambiando el tranco en largo galope. Iniciaba la jaca el ascenso al estrecho sendero, cuando un caballo galopando se puso a la altura del que montaba Blanca.

—¡Volved riendas, señora!… Os lo ruego.

Blanca aminoró la marcha de la jaca hasta ponerla al paso.

—¿Qué deseáis, capitán Montemar?

—Haceros saber que este sendero conduce al monte de los indios rebeldes, y que sería peligroso internaron en el bosque.

—¿Teméis, acaso, un ataque?

—Temo por vuestra vida.

Detuvo Blanca su jaca, y diez metros más atrás se detuvieron los soldados. El caballo del capitán caracoleó y, acercándose, rozó con sus belfos la crin de la jaca.

—Quería hablaros, capitán. Sabréis que anoche un hombre al cual cité fue tratado como un bandido de la peor especie.

—Fue tratado como quien es, señora. Y fue lástima que escapase. El Pirata Negro no merece la generosa defensa que vos hicisteis de él.

—Quise hablar con vos aquí porque tengo la certeza de que los muros de palacio oyen. Vos no quisisteis ayudarme cuando solicité vuestra amistad, y por eso tuve que acudir al Pirata Negro. Y él, si no hubiera sido traidoramente interrumpido, me habría aclarado cuanto vos no queréis decirme.

—Los soldados pueden oíros, señora, y…

—¿Sí? Ordenadles, pues, que se retiren.

—Como gustéis.

Dio Montemar una breve orden, y los soldados se alejaron disciplinadamente a galope tendido hacia el palacio. Blanca desmontó, ayudada por el capitán. Montemar, en pie ante ella, mantuvo con una mano las riendas de los dos caballos.

—¿Por qué temíais que los soldados pudieran oírme?

Guardó silencio el capitán; sus ojos, para no extasiarse en el semblante de Blanca, se posaron en el pañuelo azul que, festoneado de encaje blanco, sobresalía por el escote del corpiño de la hija del Virrey. Aquella mancha azul, destacándose sobre la tersa piel satinada y cremosa, pareció hipnotizar al capitán, que leyó en la esquina que colgaba del pañuelo el nombre: «Blanca», bordado en hilo sutil y entrelazado en arabescos especiales.

—No hurtéis la mirada, capitán. Vos me ocultáis algo, y quiero creer que no lo hacéis por mala voluntad, sino retenido por un escrúpulo que no acierto a comprender. No invoquéis de nuevo vuestro deber ni vuestra fidelidad al Virrey. La única manera de

demostrarme el cumplimiento de estas cualidades sería explicarme quién mató a Mirenchu y quién es la persona que manda espías a escuchar cuanto yo hablo.

Al terminar sus palabras, Blanca de Viala acercóse al borde del sendero y, extendiendo su amplia falda, sentóse en la hierba junto a los matorrales y árboles donde se iniciaba el extenso bosque.

Raúl de Montemar, aunque sufría interiormente, tenía un código severo en el que encerraba su concepto de la caballerosidad. Y una de sus cláusulas le impedía hablar; no podía consentir que una niña recién salida de un convento supiera la torpe esclavitud pasional del Virrey a la india de la laguna, a la hechicera y tenebrosa Olinda.

—¿Seguís guardando silencio? Bien, volveré a llamar al Pirata Negro.

—¡No haréis tal, señora! —exclamó Montemar, sin poderse contener—: ¿Acaso me lo prohibiríais vos? —preguntó ella burlonamente, alzando el rostro desafiador.

Montemar meditó que en aquel instante hija del Virrey le sería odiosa… si no fuera tan adorable.

—Perdón, señora. Me olvidé de vuestro rango.

—¿Mi rango? Soy una mujer sola e indefensa entre tortuosas maquinaciones que no logro adivinar; y vos, el único por quien he sentido una amistad instintiva, os negáis a ayúdame. He dicho que llamaré de nuevo al Pirata Negro, y así lo haré.

—Pero ¿sabéis quién es ese corsario? Hace más de cinco años que empezó su infernal y asolador bandidaje. Roba, pilla, incendia, destruye sin piedad alguna; al frente de sus perversos canallas, saquea ciudades enteras y rapta doncellas.

—Exageráis, capitán Montemar. Blanca de Viala reprimió un grito al oír la voz de Carlos Lezama, el Pirata Negro, que acababa de aparecer junto a ella, reclinado en indolente postura, con la espalda contra el tronco de un árbol y los brazos cruzados.

—He dicho que exageráis, capitán Montemar. Nunca he raptado doncellas ni he saqueado ciudades indefensas. Lucho en plena mar y en tierra contra opresores y malvados. Pero dejo siempre en paz a las mujeres: son la única poesía de este bajo inundo, aunque no lo creáis ni nadie quiera creerme, yo nací romántico.

Raúl de Montemar, lívido, desenvainó… Blanca de Viala, muda de asombro, contemplaba fijamente a la luz del día la bronceada tez

y el original atuendo del que semejaba tener el don de aparecer cuando y donde quería.

—Envainad el acero, Montemar —dijo Lezama con amable sonrisa—. Hay una dama delante y no os ha autorizado a flamear vuestra espada. Además, yo no deseo pelear con vos. Sé que sois un noble y leal oficial…, aunque tengáis del deber un concepto equivocado.

—¡Defiéndete, corsario!… —rugió Montemar, dando un paso hacia adelante.

La punta de su espada quedó fija a una pulgada de distancia de la garganta de Carlos Lezama, que siguió con los brazos cruzados, reclinado en indolente postura.

—No quiero defenderme, Montemar. Y bien sé que vos no sois un reptil como el portugués; no atacaréis a un hombre que os contempla de brazos cruzados.

—¡Por favor! —Intervino Blanca, poniéndose en pies—. Dos caballeros no deben pelear…

—Dejad, señora —dijo secamente Montemar—, porque ni vos ni nadie impedirán que cumpla con mi obligación de apresar a este hombre, como soldado que soy del Rey. Y no le hagáis a este canalla el honor de llamarle caballero, porque si os hubiese encontrado sola no habría vacilado en poner sus manos sobre vos para saciar sus…

—Lo siento, Montemar. Eso es más de lo que puedo oíros decir.

Con veloz ademán el Pirata Negro blandió su sable de abordaje, desviando la punta de la espada de Montemar. El capitán, hábil esgrimidor, retrocedió dos pasos, describiendo un molinete de defensa. Esperaría a que el corsario alzase de nuevo el sable para asestar un mandoble, y entonces la delgada hoja de su espada hallaría fácil acceso al pecho del que consideraba un bandido de la peor laya.

Un nuevo ataque del Pirata Negro hizo retroceder otro paso más a Montemar; su tacón tropezó con una raíz que sobresalía a flor de tierra, y, perdiendo el equilibrio, cayó al suelo violentamente de espaldas. Su cabeza, chocó contra el tronco del cercano árbol, y, soltando el acero, Raúl de Montemar quedó tendido, exánime.

—¡Lo habéis matado! —exclamó Blanca mirando al Pirata Negro, mientras, arrodillada, sostenía en su regazo la cabeza del

capitán sin sentido.

—No os alarméis. No tardará mucho en recuperar el espíritu. Yo no lo he herido, como habéis podido presenciar. Ningún resentimiento tengo contra el vizconde Raúl de Montemar, Es un bravo soldado y no es un esbirro de
d’Almeida
. Cree cumplir con su deber al ocultaros lo que ocurre, y por esto no puedo considerarlo un enemigo, sino un hombre de honor que teme ofender vuestros oídos.

—Antes de que el capitán se reponga, decidme: ¿qué misterio hay en la extraña actitud de mi padre? Si es el Virrey, ¿por qué parece un prisionero? Si era un hombre enérgico, ¿por qué aparece debilitado por una extraña enfermedad que no acierto a adivinar? Lo vi por vez primera, apenas desembarcada, preocuparse por una dificultad de cocina, y me despidió como si le hubiese sorbido el seso una melodía, la melodía que vos llamasteis «de la muerte lenta». Y por la noche sus ojos brillaban excitados, y conversaba animadamente. Tres distintas actitudes en un corto lapso de tiempo.

—Es todo muy complicado para vuestra inocencia, Blanca. El Virrey lo es sólo de nombre. Es prisionero de una avasalladora y senil pasión. Su enfermedad tiene un feo nombre: esclavitud a una mujer. Su debilidad está en haberse dejado captar por las malas artes de una hechicera India y cuando sus ojos brillaban, era porque estaba bajo la influencia de un excitante. Y si parece tener el seso sorbido, como decís, cuando oye la melodía de la laguna, es porque realmente el Virrey ha perdido la facultad de razonar, preso en las redes de un amor indigno, ha olvidado que, además de hombre viril, todas sus energías se deben a España.

—Entonces, ¿su actitud perjudica al Rey?

El Pirata Negro volvió a reír con su característica carcajada breve.

—Si el Rey supiera cómo se comporta Alonso de Viala, dad por seguro que os quedaríais prontamente huérfana.

Manteniendo su pañuelo azul contra la sien de Montemar, Blanca se mordió los labios. La exasperaba la frialdad con que el Pirata Negro hablaba del Virrey. Se reprimió, preguntando:

—¿Y cómo es que el Rey de las Españas no está al corriente de la situación?

—Habláis como una espartana, Blanca. Ellas también anteponían su deber patriótico a su amor filial. Es actitud que no admiro, pero allá cada cual con su manera de pensar. Sabed que nadie podrá enterarse en España, porque las cartas y los emisarios nunca llegan. Las cartas son quemadas y los emisarios apuñalados; me refiero, naturalmente, a las cartas y emisarios que algunos descontentos, en secreto, han intentado mandar al Rey para informarle de la situación.

—Pero ¿cómo es posible?… Yo, si quiero, puedo mandar lo que se me antoje a España. Me bastaría con aguardar la llegada del próximo barco y entregar mi mensaje al capitán.

—Sí, y pocos instantes antes de que el barco ice todas sus velas en alta mar será abordado por un velero más rápido, y respetuosamente, pero con autoridad, pretextando razones de Estado, un emisario del Virrey registrará la Valija del capitán y sabrá mostrarle otra carta preparada de antemano, en la que se demostrará una conspiración contra Panamá. Y, cosa graciosa, el conspirador será ahorcado. Y sería, sin embargo, un hombre o mujer que quería fielmente informar al Rey. ¿Comprendéis?

—¿Quién es el alma de toda esta intriga?

—Os lo diré algún día. Vos nada podríais resolver.

—Y sabiendo, como sabéis, todo esto, ¿habéis dejado que se realicen tales fechorías? ¿Asistís, de brazos cruzados, en la actitud que parece ser vuestra favorita, a todo este escarnio?

—Tenéis temple enérgico, Blanca. Temple de buen acero toledano. A juzgar por vuestro carácter, antaño vuestro padre debió de ser un hombre, sí bien hoy, en cambio, es un muñeco. ¿Decís que por qué no he intervenido? No es asunto mío, ni me interesa.

—Tenía razón el capitán Montemar. Sois un bandido sin patria.

—Mi patria es el mar, Blanca dé Viala. Y no me ofende que me llaméis bandido; ayer supisteis llamarme «espada justiciera». Váyase lo uno por lo otro.

Blanca percibió que los párpados del capitán aleteaban y que su boca, crispada hasta entonces, se entreabría en hondo suspiro; empezaba a recuperar el mentido… Precipitadamente ella dijo:

—Yo hubiera querido poder confiar en vos, Carlos Lezama.

El Pirata Negro señaló el pañuelo azul que entre las manos de la hija del Virrey ostentaba ahora una mancha roja.

—Dicen que en España, señora, la dama que confía en un hombre le entrega su pañuelo. Cuando reciba este pañuelo bordado… entonces acudiré a vuestro lado.

Blanca bajó la vista para mirar al capitán Montemar, que, abriendo los ojos con vaga expresión, y aún bajo los efectos del fuerte golpe recibido, trataba de comprender lo sucedido.

Cuando Blanca miró hacia donde esperaba y temía encontrar al corsario…, vio sólo el árbol del sendero contra el que, segundos antes, estaba reclinado, con los brazos cruzados, el Pirata Negro.

* * *

Hallábase a solas con el capitán Montemar, manteniendo sobre sus rodillas la varonil cabeza…, y ante la agradecida expresión admirativa del capitán, ella, confusa, se levantó, ocultando su pañuelo bordado en el escote.

—¿Os sentís ya repuesto, capitán?

—Gracias, señora —dijo él, poniéndose en pie y procurando afianzar sus piernas—. Y perdonad mi ridículo comportamiento. Buen defensor os he resultado… —Un alarmado gesto crispó sus cejas—. ¿Y el corsario? En la inconsciencia que me produjo la caída, más sufrí por saberos a solas con él, que por mi leve herida.

—Se fue tan pronto vos caísteis —mintió ella.

El suspiro de alivio del capitán fue elocuente.

—Manché vuestro pañuelo, señora. Ved; hay sangre en el encaje…

—No os preocupéis por ello. No pienso tirarlo, porque es una prenda de la cual no tengo semejante; fue bordado y hecho por mi madre, que en el Cielo esté.

Iban ya los caballos entrando en el jardín de palacio, cuando Blanca inclinóse hacia un lado ligeramente para aproximarse más al capitán.

—Os rogaría que nada dijerais de lo sucedido, capitán.

—Nada diré, porque mi amor propio de oficial ha sufrido un recio baldón. Sólo hablaré, señora, el día que pueda llevarle al Virrey el cadáver del Pirata Negro.

Capítulo V

La hechicera de la laguna

Las ranas croaban, turbando con sus roncas voces sonoras el silencio de la lujuriante vegetación que rodeaba la laguna; por las cenagosas aguas que recogían su caudal en remanso de la ancha boca del mar, puntos fosforescentes semejaban andar a flor de agua. Eran los ojos de los caimanes que buscaban una presa sabrosa que, saliendo de la selva, fuese a saciar su sed al borde de la laguna… De vez en cuando algún búho lanzaba al aire su melancólico aullido, que era contestado por el gemido ululante de los jaguares…

Una canoa se deslizaba entre la negrura de la noche. Un gigantesco negro remaba silenciosamente, envueltas las palas de sus remos en trapos; sostenía sobre el ancho hombro un pequeño simio que, enlazado a su cuello, castañeteaba los dientes en incomprensible lenguaje excitado. Sentado frente al atlético remero, un embozado de negra capa manteníase en rígida postura atenta…

A lo lejos, en el centro de la laguna, sobre columnas de madera hincadas en el fango del fondo, a la usanza india, se alzaba una choza de pajizo techo, rodeada por plataforma circular de maderos horizontales. La canoa, impulsada silenciosa y vigorosamente por el negro, acercóse junto a la plataforma de madera que daba entrada a la choza.

El embozado salió de la canoa con el felino andar de una fiera en la selva y asentó los pies sobre la plataforma. Al aproximarse a la puerta de la choza su alta silueta negra se Confundió con las tinieblas de la noche.

En el interior de la choza lucía un pequeño rescoldo de fuego, a cuya luz, una mujer inclinada removía en un caldero. Olinda, la india panameña, preparaba su infusión de mate…

Una antorcha empotrada en la mesa que ocupaba el centro de la

habitación desparramaba una luz viva que alumbró de lleno a la india, cuando ésta vino a colocar su taza sobre la mesa.

De proporcionados miembros, sólo velados desde la cintura hasta la mitad de los muslos por un corto faldellín, Olinda ofrecía el estatuario espectáculo de un cuerpo armonioso y flexible. Las largas y torneadas piernas tenían un matiz levemente bronceado, y la tersura de la piel era proclamada por el suave brillo que sus desnudos hombros redondeados despedían. Su seno estaba aprisionado en una estrechísima cinta roja, y la negra cabellera lacia caía sobre sus hombros hasta la cintura, terminando en dos largas trenzas gruesas.

Su frente estaba surcada por otra cinta roja. El rostro sólo tenía de exótico los salientes pómulos; los demás rasgos eran de una delicada finura. Las arqueadas cejas tenían algo de diabólico, pero las grandes pupilas grises poseían un claro mirar muy atractivo.

La boca, roja y sensual, tenía la carnosidad de la pulpa de un fruto sazonado. Las manos, que sostenían la taza de humeante mate, eran delgadas, de finos dedos ahuesados… Olinda, la india panameña, era considerada en su tribu como la más perfecta belleza que por muchos siglos había nacido en los montes.

—Buenas, noches, Olinda —saludó desde la puerta el embozado.

El gesto de la india fue de una repentina e inesperada acometividad; pero Carlos Lezama no desconocía las costumbres montañesas. Saltó ágilmente a un costado, y el cuchillo lanzado por Olinda se incrustó, vibrando, en la puerta. La capa del embozado se entreabrió y el Pirata Negro echóse hacia atrás el sombrero, mostrando el rojo pañuelo. Y la luz dio de lleno en su rostro.

—¿Así me recibes, Olinda?

La india sonrió sumisamente; sus dientes destellaron de placer y señalo al Pirata Negro el escabel que ante sí tenía. Pero Carlos Lezama no aceptó el asiento: se reclinó contra el tabique de madera, con los brazos cruzados.

—Hace tiempo que oigo hablar de ti, Olinda. Me dijeron que eras hechicera por tu cuerpo; pregonaron que tu rostro era una maravilla que la Naturaleza había creado para esclavizar a los hombres, Mintieron.

Un relámpago cruzó por las grises pupilas de la india, que siguió bebiendo el mate, en pie.

—Mintieron, Olinda, porque no supieron describir verazmente toda tu belleza. Ninguna rima de trovador iguala tu perfección real, Olinda. ¿Sabes quién soy?

—¿Quién no te conoce, Pirata Negro? Yo también he oído hablar de ti; los tambores de mi tribu lanzaron a los vientos el clamor de tus batallas en el mar. Quería conocerte.

—Tienes una voz melodiosa como el susurro de la brisa entre los juncos. Reúnes en ti todas las perfecciones, y debería irme, Olinda. Hasta hoy he sido un hombre libre y sin amores duraderos…, y temo perder mi libertad encadenado a tus encantos.

Tus palabras son como el jugo del «okra». Tienen dulce aroma, pero son veneno. Pretendes engañar a una pobre e ignorante india. Tú has vivido en otras tierras; conoces damas de toda alcurnia. ¿Qué buscas en mi choza?

—Una taza de hierbas olorosas y embriagarme con el perfume de tu piel.

Silenciosamente la india se acurrucó ante el hogar y echó unas hierbas parduscas en el hirviente caldero. Al levantarse, se aproximó más al corsario, pasando al otro lado de la mesa.

—En el monte dicen que has estado en palacio para admirar la belleza de la hija del Virrey. ¿Se debe a ella tu repentino interés por Panamá y sus contornos?

Carlos Lezama emitió una breve y sonora carcajada.

—Los montes han interpretado mal mi visita a palacio. Blanca de Viala es una niña sin atractivos para mí; no posee el rojo cereza que tus labios tienen. Me interesa Panamá… por los cofres del Virrey y las riquezas de su palacio.

La india retrocedió, apoyándose contra la mesa, y una sinuosa sonrisa ahuecó sus mejillas.

—¿Cuál es tu verdadero nombre, Pirata Negro?

—Carlos. ¿Te gusta?

—Aún es pronto para que lo sepa. Tienes fama de hombre audaz y astuto. Y, sin embargo, acabas de confesar un propósito peligroso. Podrían los montes informar al Virrey.

—Eres joven y por tus venas corre una sangre cálida y bravía. No puedes resignarte de buen corazón a las débiles caricias de un Virrey y al mandato de un portugués que, cuando haya conseguido realizar todos sus planes, te matará.

La india le tendió una taza; Carlos Lezama acercó la concha de barro cocido a sus labios.

—¿Por qué me hablas a mí, una pobre india, del Virrey?

—Antes dijiste que los montes te habían informado de mis andanzas. También los mares llevan en sus olas mensajes para quien sabe comprenderlos, y ahora, contemplando tu silvestre hermosura de diosa pagana, maldigo del Virrey y maldigo del portugués, que manchan tus encantos con su babear de reptiles.

Olinda reclinóse contra la mesa y sus manos juguetearon con las largas trenzas.

—¿Para qué has venido a verme, Carlos?

—Para pedirte el collar de tus trenzas, y ofrecerte, en cambio, las riquezas enteras de Panamá. Tú y yo juntos seremos los dueños de todo; y si compartes mi amor, serás la dueña de mi nave y no la esclava de los caprichos de un Virrey.

—No soy esclava de nadie. Los dioses quisieron hacerme bella, y fui acunada por la canción de Teocthili.

—«De la esmeralda nacerá la flor que reinará» —cantó el Pirata Negro—. Conozco la canción de tu tribu.

—Tus ojos tienen destellos burlones.

—Me burlo de mí mismo, porque vine a llamarte esclava, y las hierbas que me has dado a beber hacen más completo el extravío de mis sentidos. Oírte decir que me amas, es ya lo único que para mí cuenta.

Dio el Pirata Negro un paso hacia delante. Ella retrocedió, atrayendo sus trenzas contra su rostro.

—Me ofreciste ser reina de tu nave, Carlos. ¿Qué más me ofreces?

—Los cofres del Virrey j el cadáver del portugués… Porque tú no puedes amarlo; necesito saberlo.

—Lo odio —dijo ella sordamente, oculto el rostro entre las trenzas—. Lo odio como la gacela odia el brillo de las escamas del caimán. Pero ambos me entregan joyas y oro, y mi tribu, gracias a esos dones, es la más poderosa del monte.

—Ahora acepto tu escabel —dijo Carlos Lezama, sentándose y desprendiendo su capa, que quedó pendiente de su hombro—. Si lo odias, ¿por qué eres su juguete? Porque él es quien te hizo hechizar al viejo Virrey.

—Servía también a mis planes… y se había hallado aún a un hombre como tú.

—Las olas del mar cantaron la privilegiada riqueza de tu cerebro, Olinda. En esta soledad cenagosa habrás formado múltiples proyectos. Yo seré tu brazo ejecutor; hurtaré el cuerpo a las caricias del Virrey. Dime: ¿qué piensas hacer para que tu tribu vuelva a ser la reina del valle, abandonando impunemente sus escondrijos de la montaña?

—Con tus corsarios, mi tribu volverá al borde del mar. No quieren los cofres del Virrey, ni el oro y los tejidos de las casas de la ciudad. Quieren degollar a cuanto español hay en Panamá.

—Pero ahora ha llegado Blanca de Viala, que está dispuesta a pedir refuerzos a España, refuerzos que no tardarán en llegar.

La india sonrió, señalando el caldero que ronroneaba sobre el hogar.

—De ahí salió el bebedizo que atrajo al Virrey. De ahí saldrá la muerte para su hija.

—¿Y después?

—Tú… tú mandarás en mí, cuando muera Bruno
d’Almeida
.

La india apartó las trenzas de su rostro; quedaron colgando como negras serpientes untuosas sobre la satinada tersura de su piel desnuda. Con las palmas de las manos hacia fuera, en muda ofrenda, se acercó al Pirata Negro, cerrando los ojos.

—Te amaré como a nadie he podido amar, Carlos…

Abrió repentinamente los ojos, y sus pupilas grises, hasta entonces claras, se enturbiaron, ennegreciéndose con un destello de cólera. El Pirata.

Negro, poniéndose en pie, acababa de empujarla hacia atrás, apartándola, y sonreía con los puños en las caderas.

—Olvidas que eres una india nacida para esclava, Olinda. Y que tu cerebro es dueño entre tu tribu de salvajes asesinos, pero que es el cerebro de un niño para quien, como yo, conoce las artes de tu raza y a la vez lleva sangre blanca en las venas.

Un sordo furor contrajo los rasgos delicados de la india. Engarfió las manos alrededor de sus trenzas.

—Nunca he matado a una mujer, Olinda, bella flor nacida,

según la canción, para reinar y libertar a los salvajes de tu tribu para que sigan cometiendo atrocidades. Para las mujeres siempre he reservado mis mejores palabras, pero… si te mueves, quizá hunda mi acero en tu cuerpo. Yo también veo, y sé dónde están tus cuchillos.

—¡Mestizo! —Escupió ella, despreciativa.

—A mucha honra. Mis hijos ya no lo serán cuando encuentre a la mujer de la cual me enamore. Y si algo hay de cierto, es que no será una víbora como tú.

Ella miraba con expresión de extrañeza la taza vacía en la que había bebido el Pirata Negro. Estaba vacía, y, sin embargo, el Pirata Negro reía sarcásticamente.

—En el vuelo de mi capa hay una mancha húmeda, Olinda. Empapóse del contenido de tu taza. No me gastan los bebedizos que preparas; hay hierbas en el monte que acaloran la sangre y encienden los ojos, dando falsas febrilidades de locura de amor. Las mismas hierbas que han convertido en un guiñapo al Virrey, haciéndole soñar delicias de paraíso, cuando oye el ruido del tambor que está colgado en esta pared y el melódico canturreo de tu caña hueca. Pero, mírame bien, preciosa; ¿acaso creías que yo era del mismo barro que él? Nací también en los montes, hechicera. ¿Cuántas lunas has visto relucir?

Ella guardó silencio; en sus ojos alentaba un odio infrahumano, ancestral.

—¿No quieres contestarme? Bien; impongamos que tienes veinte años blancos. Si quieres ver la luna del año que para ti será el veintiuno, procura que nada le ocurra a Blanca de Viala. Si ella tose solamente, te ocultes donde te ocultes, te prepararé un pozo hormiguero.

La expresión de odio de la india trocóse en repentino temor.

—Abriré en el suelo un hoyo para que tu cuerpo quede enterrado hasta la cintura, con tus manos presas en ella —siguió diciendo el Pirata Negro—. Y la miel silvestre untará tu busto y tu rostro; pronto acudirán a su olor las blancas hormigas. ¡Les gusta tanto la miel! Y dicen que tienen dientes agudos como sierras pequeñas. Naturalmente, tardan en comer; son muy comodonas, se recrean, y necesitan un día entero para devorar un cuerpo humano. Lo agradable de ellas es que son misericordiosas; no matan hasta el

final, y no atacan los órganos vitales, hasta lo último y tú estarás aún viva cuando notes que tus huesos se descarnan. No lo podrás ver porque uno de los órganos que primero comen con deleite son los ojos…

—¡Calla, calla, maldito demonio mestizo!

—Quizá sea para ti un maldito demonio mestizo, si a Blanca de Viala le ocurre el menor daño. Sigue contentándote con las joyas del Virrey y el oro del portugués, pero acuérdate de mi promesa. Yo mismo cavaré el pozo hormiguero. Carlos Lezama nunca promete en balde.

Retrocedió de espaldas hasta la puerta; arrancó del madero el puñal con que Olinda le había saludado.

—Bastará que asomes a la puerta para que este cuchillo siegue tu vida de bruja bonita. Adiós, Olinda, y acuérdate del pozo hormiguero.

Cerró tras sí la puerta y de un salto entró en la canoa, donde le aguardaba Tichli, su hercúleo remero. Le señaló los remos e hizo un rápido ademán con la mano señalando la orilla.

El negro cubano empezó a remar sin cautela, con vigorosas paladas.

La choza-palacete iba alejándola… De pronto, entre el croar de las ranas retumbó un precipitado tamborileo que acalló los gemidos de la selva.

Carlos Lezama desembozóse, sonriendo. Dio una amistosa y fuerte palmada en el hombro del negro.

—Tus oídos sólo pueden percibir mi silbido, Tichli. Te escogí por fuerte y valeroso, y también porque eras sordomudo. Por eso ahora no puedes oír el tambor con el que Olinda llama a su tribu.

El Pirata Negro simuló golpear en el aire un imaginario tambor; el mono que estaba abrazado al cuello de Tichli empezó a saltar excitado. Tichli exhibió sus grandes dientes rojizos de fumador de hojas agrias. Con el mentón señaló las orillas de la laguna, un círculo de luces despedidas por antorchas se movía lentamente, subiendo y bajando al compás de los remos.

—Estaban más cerca de lo que creía, Tichli —dijo Lezama, y tendió la mano, asiendo el rompecabezas del negro—. No dispararán sus flechas venenosas porque las aprecian demasiado para perderlas en la noche contra Olinda. Sí, querido Tichli, sí. Te

estoy haciendo signos de que vuelvas hacia atrás; no me mires con asombro. No me he vuelto loco. Así, muy bien; rema más fuerte…

Señaló Lezama la choza-palacete e hizo un ademán de espera. El negro cesó de remar, el corsario arrollóse el rompecabezas alrededor de la cintura, y sin parar mientes en los ojos fosforescentes de los caimanes que pululaban a ras de agua, en silenciosa zambullida se hundió en la cenagosa laguna, nadando entre dos aguas, hasta salir tras la choza-palacete.

Chorreando se encaramó sobre la balaustrada posterior, y, pisando tenuemente, llegó a la parte delantera de la choza, donde Olinda, acurrucada, repicaba nerviosamente con las dos manos sobre un tambor que mantenía entre sus muslos.

El látigo rompecabezas silbó y se enlazó sólidamente alrededor de los brazos y el busto de la india. Con una brusca sacudida el Pirata Negro atrajo a Olinda hacia sí. La india forcejeó inútilmente… Con su brazo izquierdo el Pirata Negro la abrazó reciamente.

—He regresado para abrazarte, mi preciosa hechicera. Vamos a dar un romántico paseo a la luz de la luna, que no está en el cielo, pero sí en tu pálido semblante. ¿Por qué me miras con tanto furor?

Agitó Lezama su brazo derecho y Tichli acercó la canoa hasta el borde de la balaustrada. Levantando a la india presa en el látigo, el Pirata Negro entró en la canoa; la colocó sentada, manteniéndola abrazada por los hombros. Indicó al negro que remase…

Las lanchas planas de los indios vieron desfilar a su reina, abrazada con amorosa solicitud por un embozado. Ella no gritaba ni se defendía… ¿A qué obedecía, pues, la llamada del tambor?…

La mano de Lezama parecía mantener la barbilla de Olinda, pero cubría su boca, y sobre el propio dorso de su mano aplicaba el Pirata Negro sus labios. Temblorosa de furor, Olinda veía cómo los indios de su tribu se interpelaban mutuamente preguntándose la actitud que debían tomar; si se acercaban demasiado a la canoa podían incurrir en las iras de ella y del Virrey, si, como suponían, era el Virrey quien estaba sentado estrechamente confundido con Olinda…

Siguieron remando tras la canoa; apenas el borde de la proa tocó en la orilla, Lezama, llevando en brazos a la india, corrió hacia los dos caballos que aguardaban. Ensilló el suyo y, seguido a todo

galope por Tichli, se alejó de aquellos parajes.

Solamente cuando, espumeante de sudor, el bruto empezó a relinchar apagadamente, tiró el Pirata Negro de las riendas. Descabalgó, depositando a Olinda en el suelo. Asió la empuñadura del largo látigo que mantenía estrechamente atada e inmóvil a la hechicera de la laguna.

—Acuérdate del pozo hormiguero, Olinda. Y gracias por tu amable escolta. Adiós…, o, si eres imprudente, hasta la vista.

Tiró del mango y la trenza correosa del látigo se desenroscó; de un salto montó en la silla y a todo galope se perdió en el bosque, seguido por la hercúlea silueta de Tichli.

CAPÍTULO VI

Dirks, el corsario inglés

En las pantanosas tierras bajas que lindaban con la agreste playa de la frontera panameña y nicaragüense se elevaban montículos de roca viva y arcillosa, en las que el embate de las olas había socavado galerías por las que el agua corría mugiendo y emblanqueciendo de salitre las lisas paredes construidas por el continuo batir del mar, sin intervención del hombre.

En la entrada de aquellas cuevas naturales, un hombre contemplaba fijamente el único camino de acceso a aquella altura: el arenoso sendero que se iniciaba en la playa.

Levantó el gatillo de su pistola, presto a dar la señal de alarma, al ver subir presuroso a un individuo desconocido; pero desarmó el pedernal cuando, ya más cercano, comprobó que el recién llegado era uno de los suyos.

—Hola, mulato Juan. ¿No hay vino, en la costa, que vienes hasta aquí a buscarlo?

El mulato se encogió de hombros pesadamente; respiraba con fatiga. Señaló las grises livideces del amanecer.

—No hay tiempo que perder. Debo ver a nuestro jefe.

—Duerme y no gusta de que le despierten a hora tan temprana.

—Le despertaré con una noticia que recibirá con satisfacción.

Instantes después, aún soñoliento, el Pirata Negro se desperezaba, mirando por entre las medio cerradas pestañas al mulato Juan.

La alcoba en que dormía el corsario ocupaba una abertura de la roca viva y estaba amueblada con un lujo multicolor y vario, constituido por restos de mobiliarios de otros barcos piratas vencidos. Para llegar hasta aquel original dormitorio liaría que atravesar una grande y profunda incisión en la roca, donde

reposaba toda la tripulación.

—Hola, mulato Juan. Son las siete de la mañana; a esta hora la gente honesta duerme, y haces mal en despertarme, si tus noticias carecen de importancia.

—Dirks, el pirata inglés, ha saqueado Cirbú, degollando a toda la población española y pasando a cuchillo mujeres y niños. Va ahora camino de Panamá; llegará a estas aguas hacia el mediodía. Para hacerte saber eso te he despertado, señor.

—Entonces, seguiré durmiendo hasta el mediodía… Mi «Aquilón» es más ligero que cualquier nave inglesa… ¿Qué botín ha cogido Dirks en Cirbú?

—Llevan las calas llenas, señor. Tero Dirks ha dicho que sus entrepuentes soportarán muy bien el peso del botín que piensa obtener en Panamá.

—Dirks ha sido siempre un fanfarrón. Esto sólo no me molestaría demasiado, pero es que, además, es un despiadado asesino que ha vertido sangre de seres inocentes. Avisa a «Cien Chirlos»; que venga inmediatamente. Y toma cien doblones por tu inteligente servicio, mulato.

Desde el lecho Carlos Lezama tiró a las manos del mulato una bolsa repleta. Se levantó y fue a hundir el rostro en una concavidad de la roca; resopló animosamente al sentir la fría caricia húmeda del mar. Secóse el rostro con el primer paño que halló al alcance de la mano: una tela damasquinada de elevado valor…

«Cien Chirlos», llamado así por los costurones y cicatrices que poblaban su rostro y todo su cuerpo, apareció, sonriendo con la mueca que convertía su rostro en un conglomerado de rojas arrugas mal cosidas.

—¿Me llamaste, señor?

—No me quedó más remedio, «Cien Chirlos». Y bien sabes que para un espíritu selecto como el mío me repugna ver tu rostro; pero eres un endemoniado valiente y simpatizo contigo.

El aludido rió grotescamente; en el mundo sólo amaba dos cosas. El olor de la pólvora y la sangre, y al Pirata Negro.

—Dirks, el pirata inglés, viene hacia Panamá. Trae las calas llenas. A las once en punto, toda mi gente a bordo; y prepara cinco barriles de pólvora con mecha larga. Los barriles, de cien kilos. Y cuando Dirks haya servido de almuerzo a los tiburones, todos

vosotros lo celebraréis. Os permitiré esta noche que traigáis aquí a vuestras damas. ¿Sigue amándote la «china» Anita? Es una india lista; sabe comprender que eres el más guapo de los hombres… con un sable en la mano. Anda, puedes irte ya. Ya me he hartado de ver tu rostro de gárgola riente.

A las once de la mañana, en una cala oculta entre promontorios, una goleta de líneas gráciles y sólida estructura hinchaba sus velas menores.

Sobre cubierta, los hombres se afanaban sujetando las ruedas de los cortos cañones arrimados $ las bordas; otros iban colocando junto a las amuras las pesadas hachas de abordaje… La mayor actividad reinaba entre los tripulantes del «Aquilón».

Acodado en el pasamanos del puente mayor de la torreta de mando. Carlos Lezama observaba el ajetreo y los preparativos del combate. Siempre que salía al mar abandonaba su jubón de seda, su capa y el sombrero. Y ofrecía a los rayos del sol y al pulverizado soplo del mar su torso desnudo hasta la cintura.

Unas anchas correas sujetaban sus muñecas, destacando la fibrosa y atlética contextura de sus músculos. Sin sombrero, relucía el pañuelo rojo que cubría su cabello…, y pronto ondeó en el aire, en lo alto del palo dé mesana, el pabellón con el aguilucho cerniéndose. El Pirata Negro salía a combatir.

El Mar Caribe tenía a trechos apariencia de valle verdoso; eran las engañadoras algas llamadas «sargazos» que, flotando apiñadas, lograban a veces embarrancar los más sólidos cascos entre sus lianas esmeraldinas de apariencia blanda e inofensiva.

Sorteando hábilmente los sargazos, Tichli, el piloto, manejaba el timón con pericia; Carlos Lezama oteaba el horizonte con su larga vista. Conocía el pabellón de Dirks, el inglés: un león enroscado alrededor de un sol, encima de la divisa: «Always I» («Siempre yo»).

Una irónica sonrisa se dibujó en los labios del Pirata Negro cuando, muy lejos, allá al principio de la curva que el Caribe presentaba en su extremo más lejano, el potente cristal de su catalejo reflejó una bandera en lo alto de un mástil que ostentaba un sol alrededor del cual se enroscaba un león.

Y aunque no pudo leer las toscas letras pintadas en negro con trazos que imitaban huesos humanos, comprendió que era la famosa divisa del sanguinario pirata inglés.

—Si no fuera porque es un asesino de mujeres y niños, Dirks merecería ya la muerte por presuntuoso, Tichli. «Siempre yo»… Antes de una hora sabremos si es verdad. Corta a estribor, Tichli —ordenó con un ademán de su diestra—. Vienen al pairo y costeando. ¡Izad los trinquetes y contrafoques! —gritó estentóreamente. Fue rápidamente obedecido, y, cobrando nueva velocidad, el «Aquilón» continuó alejándose de la costa—. ¡Arriad el pabellón!

Contempló cómo el pabellón, imprimiendo flacideces al aguilucho, descendía colgante del palo mayor.

—No quiero que Dirks se asuste demasiado pronto, Tichli —anunció sonriendo al piloto negro—. Seguirá navegando costero y no habrá así gran dificultad en empujarlo hacia la playa.

A bordo de su barco, el inglés Dirks dirigió el extremo de su anteojo hacia una grácil goleta que avanzaba en sentido contrarié al rumbo que él llevaba. Vio el palo mayor desnudo de toda divisa. Por la línea del casco parecía una nave española…

—¡A proa los cañones y cinco culebrinas por banda! —rugió.

A medida que el velero se acercaba nacía en el ánimo del pirata inglés una sospecha, que se confirmó cuando un destello del sol le permitió ver en la torreta de mando a un alto y atlético individuo de bronceada tez y torso desnudo, cubierta la cabeza por un ceñido pañuelo rojo.

—¡El Pirata Negro!… —vociferó Dirks—. ¡Zafarrancho de combate!… ¡Todo el mundo a sus puestos!

El «Aquilón» distaba ya una milla del barco inglés. Desde la borda de Dirks, una andanada disparada por las cinco culebrinas iba dirigida contra el velamen de la goleta; pero Tichli maniobraba de manera que sólo ofrecía al blanco la afilada línea de proa, cuyo espolón avanzaba raudo, como dispuesto a embestir por el flanco a la nave corsaria del inglés.

El Pirata Negro descendió reposadamente hasta el entrepuente. Se situó junto a los cinco barriles de cien kilos que mostraban por su parte inferior el largo extremo de una mecha.

—¡Artillero babor —gritó—, apunten línea flotación de popa!… ¿Listos?…

¡Fuego!

Un horrísono estallido rasgó los aires… Pero el barco inglés, incólume siguió intentando huir avanzando de sesgo.

—¡Aguza los ojos, artillero babor! —Gritó Lezama—. ¡Repite la carga y el blanco! —Y mientras gritaba su órdenes, el Pirata Negro frotaba dos pedernales con una yesca. Prendió fuego en una antorcha que empuñó del suelo…

Una escasa media milla separaba a los dos barcos; el inglés quería zafarse de la cercanía de la costa, pero se lo impedía el «Aquilón» cortándole el paso. Simultáneamente las dos naves dispararon una andanada.

Sobre la cubierta del «Aquilón» cayeron estruendosamente el palo trinquete y el menor de mesana, aplastando a los artilleros de estribor. Un coro de aullidos se elevó; el furor del combate había hecho ya presa en los ánimos… Una llamarada se elevó de la vela mayor del barco inglés; un proyectil había inflamado la lona central. Los corsarios ingleses volcaban apresuradamente sobre el conato de incendio grandes cubos de agua de mar…

—¡Alto el fuego! —Gritó el Pirata Negro—. ¡A las bordas! ¡Preparados los garfios y las tablas!

No quería que disparasen más, en evitación de que se inflamase la Santa Bárbara, estallase el polvorín, y el barco se hundiera, perdiéndose el botín. Por la especial contextura del casco del buque pirata inglés, adivinó que la Santa Bárbara hallábase en la proa.

La mole del barco enemigo iba agrandándose por instantes; cuando ya sólo distaba unos treinta metros, Carlos Lezama agachóse y aplicó la llama de su antorcha a las cinco mechas de los cinco barriles repletos de pólvora… Era mecha que tardaba en consumirse cuatro minutos; y no precisaba de más tiempo para llevar a cabo su propósito. Un ataque de su invención que exigía, además de una recia musculatura, un sereno dominio de los nervios…

Con un estrépito ensordecedor de maderas gimientes, los dos barcos se abordaron de costado; en ambas bordas los piratas lanzaban cuerdas rematadas en grandes ganchos destinados a sujetar los pasamanos, mientras otros, empuñando por un extremo largas tablas, esperaban ansiosamente el momento de poderlas apoyar como puentes transitorios.

Cuando los primeros y más audaces corsarios, andando sobre las tablas, cayeron al mar derribados por rudos hachazos, entonces actuó Carlos Lezama. Con potente esfuerzo que hinchó las venas de su cuello y abultó su musculatura hasta convertirla en una masa de

tendones voluminosos, levantó sobre su cabeza uno de los barriles repleto de cien kilos de pólvora, cascos de vidrio y trozos de metal.

Manteniendo el barril sobre su cabeza, miró la llama acercarse hacia el negro orificio…, y entonces, con sobrehumano esfuerzo impulsivo, lanzó el barril a la borda enemiga…

Feroces imprecaciones y aves lastimeros, entremezclados con estertores, poblaron la cubierta del barco inglés entre el denso humo de la explosión. Repitió Lezama por cuatro veces su lanzamiento…, y entonces todos sus hombres se lanzaron sobre el puente diezmado.

Asióse Lezama a una escalera de cuerda; afianzó el corto sable entre los dientes, y, dando un impulso veloz a la escalera, se proyectó a través del espacio hacia la cubierta del barco inglés. Cayó ágilmente en su centro y, descargando tajos en molinetes veloces, fue avanzando hasta la torreta de mando.

Pero Dirks, el capitán corsario inglés, había adivinado ya que el combate estaba perdido, y, abandonando a sus hombres a su suerte, una estela blanca en el mar anunciaba la huida, del pirata ingles. Juzgó Lezama que sus piratas eran ya dueños de la situación; los barcos, sujetos entre sí por los garfios, eran una masa inmovilizada, de la que sólo se alzaban las súplicas de los heridos y los ayes de los moribundos, que eran echados por encima de la borda.

Saltando sobre el pasamanos de estribor, el Pirata Negro se lanzó al agua desde una altura dé veinte metros, zambulléndose limpiamente; reapareció en la superficie treinta brazadas más allá, nadando vigorosamente en pos de la estela producida por el braceo desesperado de Dirks.

El pirata inglés llegó a la playa segundos antes que Carlos Lezama… Desenvainó con ademán torvo su salde; al fin y al cabo, aunque fuera el Pirata Negro en persona el que ponía ahora el pie sobre la arena, era un hombre solo.

El Pirata Negro, chorreando agua, avanzó con el sable aún envainado. Interpeló al corsario inglés en su propio idioma, hablando el «beche-de-mer» clásico de los puertos.

—No sabes morir con tu barco, rata asquerosa. Huyes como un cobarde que eres…

Dirks cortó el aire con ademán de segador que empuña la hoz; Carlos Lezama se dejó caer de rodillas y el sable rozó silbando el

pañuelo rojo. Con un salto elástico se puso en pie, a la par que desenvainaba.

—No sirves ni para matar a un hombre que tenías a tu merced, manos desnudas.

Los dos sables de ancha hoja chocaron estrepitosamente al parar Lezama un furioso mandoble del exasperado inglés. Dirks, corpulento y voluminoso, tenía la fortaleza de un toro, pero no poseía los poderosos pulmones del Pirata Negro, el cual incesantemente atacaba con repetidos golpes largos que iban fatigando el brazo de su contrincante, cuyo pecho resollaba roncamente…

Un copioso sudor fue invadiendo el rostro barbudo del pirata inglés al comprender que sus fuerzas iban menguando ante las acometidas ágiles y en círculos veloces del Pirata Negro.

Algunos hombres de la tripulación del Pirata Negro habían llegado a la playa y formaron un semicírculo contemplando silenciosamente la lucha.

—Reza lo que sepas, Dirks. Tu cochina sangre no bastará para hacer olvidar todos tus crímenes…

Con la energía del desesperado, consiguió el pirata inglés abatir el sable de Lezama con un furioso tajo de sesgo. Y, colérico, gritó:

—¡Tú me precederás, diablo español!…

Abalanzóse hacia delante, hundiendo el corvo extremo de su sable en el pecho del Pirata Negro… Pero, ciego de ira, se tambaleó, perdiendo el equilibrio al pegar en el vacío.

Con otro de sus saltos prodigiosos, el Pirata Negro había esquivado la violenta acometida, y el sable destinado a matarle se hundía en la arena.

Rápidamente asestó un mandoble desde toda su altura, y la cabeza cercenada de Dirks empapó con su sangre la húmeda arena.

** *

El «Aquilón», después de vaciar las calas y hundir el barco pirata inglés, se dirigía hacia su refugio. Llegaba ya a la altura de la cueva, cuya entrada se divisaba a simple vista, cuando una lancha construida rudimentariamente con un tronco de árbol vaciado fue acercándose al «Aquilón».

En su camarote, el Pirata Negro iba anotando el total del botín, que «Cien Chirlos» estaba encargado de vigilar hasta el momento

del reparto.

—Un panameño quiero hablarte, señor —dijo uno de los tripulantes—. Dice que te trae un mensaje importantísimo.

—Tráelos a él y su mensaje.

Un indio rechoncho, de ancha faz asustada, entró en el camarote, mirando intranquilo el torso desnudo del Pirata Negro, aún surcado por la sangre del reciente combate.

—Hola, emisario. ¿De quién me traes noticias?

—No sé, gran señor bondadoso y clemente. Me dio este paquetito una señora gruesa y fea. Me aseguró que tú, gran señor bondadoso y clemente, me darías gran recompensa por traerte el mensaje. Y yo soy pobre, gran señor bon…

—Sí, ya sé. ¿Dices que eres pobre? —Y el Pirata Negro fue desenvolviendo el diminuto paquete envuelto en un pergamino. Un pañuelo azul bordado de encaje quedó en el hueco del arrugado pergamino—. ¿Dices que eres pobre? Lo eras, muchacho. Yo podría darte una bolsa de oro, pero también puedo hacerte ahorcar de mi palo mayor. Elige.

El panameño tembló y sus grasas bailaron gelatinosamente.

—Eres grande y bondadoso, señor. Tu nombre es venerado entre nosotros y todos te queremos. No miento.

—Eso es lo que quiero. Que no mientas —dijo el Pirata Negro, riendo alegremente—. Dime: ¿para qué quieres el dinero que puedo darte? Si mientes…

—Me gusta el vino, señor bondadoso. También las mujeres… Pero tengo una madre ciega, que ha perdido los ojos en la floresta cosechando para alimentarme cuando yo era niño. Y aunque me gusta mucho el vino, sólo probaré una copa, y el resto del dinero se lo daré a mi madre.

—Si no lo haces así, iré a buscarte y te rasgaré la piel a tiras, echando sal sobre tu carne en llaga, ¿me oyes, muchacho? Toma cien escudos de oro para tu madre, y diez para tu vino y tus mujeres. Ni uno más de diez para tus vicios. Recuérdalo.

El panameño, arrodillado, intentó besar la diestra que le tendía el Pirata ofreciéndole las dos bolsas con tintineantes monedas doradas, que equivalían a una fortuna.

—¡Quita, bellaco! —rió el Pirata Negro, con áspera ternura—. ¿De cuándo acá se besan las manos de los hombres? Reserva tus

besos para tu madre, que es la única mujer en el mundo que debes querer. Ahueca, y que tu madre rece de vez en cuando una plegaria por el maldito diablo mestizo que llaman el Pirata Negro.

El panameño, ebrio de gozo, salió del camarote. El Pirata Negro siguió anotando el conjunto del botín.

—Buena presa. Cuando procedas al reparto, «Cien Chirlos», quitas de mi parte los ciento diez escudos que lo he dado a este cubilete de sebo que supo hablarme de su madre y no ocultó su afición al vino. Y ahora, vete; quiero estar a solas.

Cuando hubo salido el pirata de las cien cicatrices, Carlos Lezama aspiró con deleite el aroma que se desprendía del pañuelo bordado; recordó a Blanca… y sacudió la cabeza riendo con ligera amargura.

Fijóse en que el pergamino ostentaba una letra menuda y prieta.

—«No lucháis como un caballero —leyó— porque no empleáis espada. No andáis tomo un caballero porque saltáis cual diablo loco… Pero compren de obscuramente que sois un hombre leal a vuestra palabra y confío en vos. Salvad a Panamá».

No hacía, falta firma; en la esquina del pañuelo azul aparecía el nombre: «Blanca», bordado en fino arabesco.

Capítulo VII

Dos hombres frente a frente

Una cincuentena de piratas, el total de los supervivientes del reciente combate, festejaban el buen éxito de la empresa. Reunidos en la antesala que en la roca viva formaba la cueva, unos atizaban la gran fogata donde se asaban pollos ensartados, mientras otros rompían golletes de frascos panzudos. Ante una tosca mesa de roble ennegrecido estaba sentado «Cien Chirlos», contemplando los preparativos con ojos brillantes de gula.

Multitud de mujeres iban y venían entre los corsarios; había una mezcla de miseria y de lujo en sus vestidos, que no habían sido hechos para ellas, y que los pillajes de las arcas habían llevado a sus cuerpos por manos de los piratas. Alternaban los ricos brocados y damascos con los terciopelos y las plumas de gallo… Aromáticas esencias desparramadas sin tino se confundían con el olor de sus greñas y sus hedores de suciedad.

Todas ellas, por sus miradas atrevidas y por sus risas provocativas, proclamaban su triste profesión y la costumbre que tenían de frecuentar los sórdidos puertos…

Había ya empezado el festín, y el vino manchaba el suelo y los vestidos, cuando «Cien Chirlos» parpadeó en el colmo del estupor. Un joven de elevada estatura y anchos hombros, vestido con desafiador uniforme de oficial español, estaba en pie, detenido en la entrada de la antesala.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, lechuguino? —rugió «Cien Chirlos», desenvainando y poniéndose en pie.

—Matando a vuestro centinela.

Oyéronse aullidos de estupor y rabia, y Raúl de Montemar hubiera pasado unos instantes comprometidos, ni una voz seca no hubiese gritado, desde el fondo de la cueva:

—¡Atrás todos y a vuestros sitios! Poned dos centinelas y enterrad al otro. El capitán Montemar es de los míos y viene a visitarme.

Y el Pirata Negro, inclinándose, señaló a Montemar la entrada de la cueva, bien alumbrada por profusión de antorchas.

El capitán avanzó con el puño sobre la guarda de su espada. Ya en el interior de la alcoba, que servía también de comedor a Lezama, el corsario se sentó, señalando a Montemar el escabel que frente a sí tenía.

—No sé cómo habéis logrado llegar hasta aquí. Pero os prometo que saldréis con vida. Me bastará con vuestra palabra de caballero de que nadie más que vos conocerá este refugio. Las mudanzas me horripilan.

Baúl de Montemar hacía violentos y visibles esfuerzos para dominar la ira que fruncía su entrecejo. Dijo con voz ronca:

—No he galopado setenta leguas para entrar en esta pocilga como oficial del Rey. He venido sólo como caballero particular. Esta mañana habéis cortado el paso a un pirata inglés, colega vuestro, que se proponía asaltar Panamá. Lo habéis hecho solamente por el botín de sus calas. Y ahora acabáis de exigirme mi palabra de caballero. ¿Sabéis, acaso, lo que es honor?

—Sí; no lo dudéis. Al menos cuando trato con gente de honor sé lo que es honor.

—Quisiera creerlo. Escuchadme; habéis recibido un pañuelo bordado que os ha mandado Blanca de Viala. Vengo a buscarlo.

—Admiro vuestro valor. Venís solo a una cueva de bandidos en busca de un pañuelo, de un simple y sencillo trocito de encaje perfumado. ¿Y a santo de qué debo daros este pañuelo?

—Habláis con una frivolidad muy propia de vuestro carácter. Entendedme bien; vengo a recoger este pañuelo porque vos no debéis ver nunca más a Blanca de Viala.

—¿Es éste sólo el motivo? Vuestro gesto desesperado al venir aquí, es propio de un hombre enamorado. Sólo los enamorados presos en dulce locura se olvidan del instinto de conservación.

—Reíd cuanto queráis. Blanca de Viala es lo único que para mí cuenta en la vida, y por ella estoy dispuesto a todo.

—¿Por ejemplo…?

—A deciros que uno de los dos sobra.

—Vos lo habéis dicho. Uno de los dos sobra. Ahora oídme bien; decís que amáis a Blanca de Viala. Bien, ¿y qué? ¿Ella es corresponde?

—No lo sé, ni os importa. Es sólo cuenta mía. Lo que deseo es que nunca podáis ejercer con ella vuestras artes de conquistador sin alma y forzador de doncellas…

—Alto, querido; sobrepasáis los limites. No estoy dispuesto a soportar vuestras insolencias. Me estáis ya causando con vuestra insensatez.

Se levantaron simultáneamente con los músculos tensos, y, al fin, Carlos Lezama emitió una breve carcajada.

—¿Un duelo, Montemar? Os venceré siempre.

—Ya sé que sois un gran espadachín y un excelente tirador. Pero si, como no dudo, hay un Dios, Él me concederá la gracia de mataros como a un perro.

Acaricióse Lezama la mejilla, pasándose el meñique por el fino bigote.

—Otro hombre que me calificase como vos acabáis de hacerlo, estarla ya mordiendo el suelo.

—¡Intentadlo!

Con la mano hizo Lezama un gesto indicando paciencia.

—No os alteréis, Montemar. En el fondo, quizá os admiro.

—Vuestra admiración es un escarnio más. Terminaremos pronto. No quiero oír nunca más palabras semejantes a las que Blanca ha dicho a su ama, refiriéndose a vos: «Hay algo en él que me atrae y me repele: su innata caballerosidad y sus métodos de villano».

—Simple romanticismo de niña. Escuchadme, Montemar; si ahora nos batiéramos, todas las ventajas estarían de mi parte. Vos habéis cursado la carrera de las armas, pero yo la practico a diario. ¿No invocasteis antes a Dios como Juez Supremo? Acudiremos a Él y a Su juicio. Yo no quiero batirme con vos.

—¿Os negáis? ¡Sabré obligaros!

En el aire, la mano de Lezama aprisionó por la muñeca el bofetón que Montemar dirigía contra su rostro.

—Estoy teniendo con vos más paciencia de la que he tenido toda mi vida entera. Calmaos —murmuró, a la vez que soltaba el brazo de su antagonista—. Teníais razón: uno de los dos sobra. Interpretadlo como homenaje o como una nueva ofensa, pero lo

cierto es que yo también siento afecto hacia Blanca de Viala. De otra, forma que vos: más reposada, más serena, pero quizá más avasallora, porque es la encarnación del ideal femenino que inútilmente persigo y no hallo. Achaquémoslo a mi pertinaz romanticismo.

—¿Tú, romántico? ¿Tú, un vil pirata que…?

—Cuidado, Montemar. De esta cueva sólo va a salir vivo uno de los dos. Que el afortunado no se lleve demasiado mal recuerdo del otro. ¡«Cien Chirlos»! —llamó.

Apareció el horroroso rostro del pirata.

—Escúchame con toda atención, cara fea. Este caballero debe salir de aquí en pie si yo no lo mato. Y si él me mata y cualquiera de vosotros osa ponerle una sola mano encima, por las noches de luna mi cadáver vendrá a arañaros y os arrastrará por los pies. Transmite a todos mi orden; el capitán Montemar será enterrado en la playa si yo le mato. Si sale vivo, nadie le impedirá la salida. Es, quizá, mi última orden. Y yo sé que todos la cumpliréis. Ahora, tráeme mi caja de pistolas de arzón.

Cuando con gesto triste y a la vez rabioso hubo desaparecido «Cien Chirlos», dijo Lezama, sonriente:

—También entre nosotros hay honor y fidelidad, capitán Montemar.

—¿Qué os proponéis?

Entró «Cien Chirlos» portador de una caja de madera negra, larga y estrecha, que depositó sobre la mesa.

—¿Están descargadas, precioso?

—Sí, señor. No hace aún dos días las engrasé.

—Bien, vete, «Cien Chirlos». Vea, Montemar; ésta es un modelo español. Cañón largo…

Mientras hablaba, Carlos Lezama había abierto la caja. Contenía dos pistolas de largo cañón y culata retorcida y damasquinada. Como si las partiera, mostró Lezama el sitio de carga, vacío en ambas.

—Ved. Ninguna tiene bala.

Los ágiles dedos morenos del Pirata Negro juguetearon con una pesada bala que extrajo de una cajita más pequeña. La introdujo en el barrilete de una de las dos pistolas. Y volvió a cerrar el estuche con las dos pistolas en su interior.

—Habéis comprobado que ahora una de las dos pistolas está cargada. Ambas son idénticas y en nada se diferencian. Aplicándose el cañón en el paladar vuela bonitamente el cerebro.

Cogió la caja con ambas manos y la sacudió violentamente. Un ruido de acero o hierro se oyó durante unos instantes.

—Ahí tenéis el juicio de Dios, caballero Montemar. ¿Estáis decidido?

—Cuando queráis —dijo Montemar con voz firme.

—Bien. Dadme vuestra palabra de honor de que, caso de que el primero que dispare contra su propio cerebro tenga la suerte de que el gatillo dé en el vacío, el otro no vacilara en aplicarse la otra pistola en el paladar.

—Os doy mi palabra de honor. Abreviemos.

—Elegid vos mismo el arma y dadme la otra. Admiro vuestro temple, y como no sé por qué razón os creéis ofendido, debo reservaros el placer, si la suerte me es adversa, de que veáis como mi cerebro salta en menudos pedazos.

Estremecióse Montemar ante la frialdad con que hablaba el corsario. Abrió la caja y, asiendo a ciegas una pistola, la tendió a Lezama. Éste la cogió, la sopesó y saludó con una sonrisa.

—Bien, señor capitán de la guardia. Procurad haber acertado.

Contempló Montemar nerviosamente cómo la negra boca del cañón de la pistola se aplicaba en el paladar de, Carlos Lezama.

Sonó un ruido seco. El gatillo no encontraba bala…

—Lo lamento, caballero. Habéis elegido mal.

La sonrisa del Pirata Negro era sardónica, cruel.

—Ahora os toca a vos, capitán Montemar. El Destino ha dictaminado que seáis vos quien…

Raúl de Montemar se había puesto en pie y encañonaba a Lezama con la segunda pistola.

—Oh, querido, esto no es leal —dijo Lezama, sonriente—. Cuidado, podría dispararse; en fin, fui cándido. Confiaba en que seríais un hombre valiente y de honor.

—¿Lo fuiste tú al sembrar la confusión en el alma virginal de Blanca? ¿Lo eres tú al proponerme esta bravuconería de pirata? Podría ahora matarte como a un perro…

—¿Otra vez, querido?

—Podría, si quisiera, matarte impunemente, y Blanca sería sólo

mía, porque me pertenece por raza… Desgraciadamente, nací caballero. Aprende, canalla, cómo mueren los hombres que tienen honor…

Raúl de Montemar aplicó la pistola a su paladar y disparó.

A través de una neblina vio cómo el Pirata Negro se levantaba.

—Perdón, caballero. Las dos pistolas están descargadas; escamoteé la bala. Una pirueta más de mi carácter para vos incomprensible. Marchad tranquilo. Habéis ganado definitivamente el derecho de posesión sobre Blanca; os la merecéis y en nada lo impediré, sino al contrario.

La brusca emoción de saberse vivo, había sido tan fuerte, que sin palabras, enjugóse Montemar el sudor de la frente.

—Quería ver si realmente erais un hombre entero y de honor, digno de Blanca. Que os sirva de consuelo por el ligero daño que yo os haya podido causar, el saber que soy el primero en reconocer que sería impropio de un hombre como yo pretender el amor de Blanca de Viala. Si ella os ama, será vuestra esposa…

—¿Cómo puedo creer en vos? —preguntó aún algo aturdido Montemar, señalando las dos pistolas—. Me habéis engañado una vez y…

—Mi palabra de pirata redomado, que yo no he de atizar el fuego novelesco que en Blanca de Viala anida. Y a propósito, Montemar, permitid que os aconseje. Vos sois un hombre ágil y mientras os acompaño sano y salvo hasta vuestro caballo, os recomendaré un procedimiento para que salgáis de dudas sobre si Blanca de Viala os quiere realmente o no.

—Para nada necesito de vuestras artimañas de seductor.

Pero como el camino hasta donde aguardaba el caballo era largo, Raúl de Montemar tuvo que oír el «consejo» del pirata.

A las dos de la madrugada, Raúl de Montemar, envuelto en su capa polvorienta, refrenó el galope de su caballo sudoroso. Muy atrás quedaba la cueva donde acababa de dejar al Pirata Negro, y desde la loma divisaba el palacio.

Picó espuelas; el bruto partió como una exhalación e instantes después saltaba el seto del bosque que rodeaba el palacio. Desmontó Montemar y palpó los jadeantes flancos del animal. Lo ató a un árbol y dejó sobre la silla su espada.

Envuelto en su negra capa, formaba una sombra más en las

sombras de la noche. Diez minutos antes estaba firmemente decidido a no parar mientes en el «consejo» del Pirata Negro… y en cambio, ahora avanzaba cautelosamente por un terreno en que podía entrar sin precauciones. Se detuvo junto al muro posterior izquierdo.

Allí dormía ella…, en la tercera ventana de arriba del torreón. Todo estaba silencioso. De vez en cuando, llegaba de las lejanas caballerizas el rumor de un relincho… El foso en el que se hallaba, recibía sobre el espeso Césped la débil caricia de un resplandor lunar.

Acercóse al muro cuya lisa superficie palpó. Nadie podía subir por ahí. ¿Las hiedras? Se doblarían bajo su peso. La rugosa rama de una madreselva le pareció un sólido apoyo; con una flexión de sus robustas muñecas hallóse apoyando los pies en el intersticio de dos rocas sillares. Su mano izquierda fue buscando a tientas hasta hallar una liana que le ofrecía resistencia. Otra flexión, y su mano derecha se encontró sobre el reborde de la primera ventana del torreón. Distaba cinco metros del suelo y estaba enrejada.

Respiró y con la capa sujeta al cuello, flotando sobre las espaldas, semejaba un gigantesco murciélago. Miró a través del enrejado. La obscuridad era completa en el interior… y de pronto se aferró fuertemente a las rejas, para no perder el equilibrio.

Del fondo del corredor una luz vacilante venía acercándose… y Blanca de Viala, con la opulenta masa rubia de sus cabellos sueltos sobre los hombros y envuelta en un blanco peinador, se acercaba silenciosamente, andando sobre sus desnudos pies.

—No sabía que fuerais un salteador de mansiones, capitán —dijo en voz alta.

—Por vos, Blanca, ruego que habléis en voz baja. Necesito tener una conversación…

—Por la puerta teníais, durante el día, mil ocasiones de entrar, pero no Usando este método, propio de un rufián…

Las manos de Raúl de Montemar resbalaron de la reja y su cuerpo describió un arco en el aire. Se oyó el ruido mate de la caída de su cuerpo en el suelo distante cinco metros.

Despavorida, Blanca de Viala apoyó su frente contra el enrejado, tratando de avizorar el foso. Pero nada podía ver. Corrió hacia abajo, y su figura adquirió espectrales contornos al atravesar la

puertecita de salida privada.

En el foso, el cuerpo doblado de Raúl de Montemar yacía en siniestra postura. Arrodillóse ella junto a él colocando la cabeza en su regazo, y sollozando nerviosamente, murmuró:

—Pero ¿por qué viniste así, Raúl?

Los párpados cerrados del oficial tenían una palidez que contrastaba con el resto del rostro, al cual el reflejo de la luz lunar concedía una lividez macabra. La mano de ella acarició la frente contraída dolorosamente.

—Raúl…, contéstame… Yo no quise ofenderte. Te vi subir…, pero no quise ofenderte… ¡Si supieras! ¡Dios mío, está muerto!

Acercó impulsivamente su mejilla a los labios del caído, en busca de un hálito que la tranquilizara. Ninguna respiración vino a desvanecer su pavor. Y sollozando aplicó sus labios sobre la frente viril.

—Perdóname, Raúl… Te he matado yo…, yo que te amo…

Apartó el rostro. En su mentón había notado el roce de unas pestañas y sus ojos contemplaron con alegría la mirada del oficial.

—¡Por fin!… Te creí muerto, Raúl. ¿Por qué…?

—Estoy recompensado de que me hayas llamado rufián, Blanca. Ahora soy feliz porque amar sin esperanza era algo horrible.

De un brinco se puso ella en pie.

—Pero…

Montemar se levantó ágilmente, mirándola sonriente, extasiado.

—No siempre he de caer de veras, Blanca. Caí sobre mis pies. Necesitaba saber si me querías y…

Un sonoro bofetón cruzó la mejilla del oficial y Blanca de Viala emprendió veloz carrera hacia el torreón, flotantes al aire los blancos velos de su peinador…

Raúl de Montemar pasóse la mano por la mejilla abofeteada; era un hombre inmensamente feliz. Recordaba las últimas palabras del «consejo» del Pirata Negro:

«—… y es posible que recibáis un divino bofetón, Montemar. Pero será una natural reacción del pudoroso amor propio. Ellas aman al hombre audaz porque cuánto más audaz más sabroso les resulta poderlo abofetear. Pero no os formalicéis, si seguís mis consejos. Bien vale mil bofetones el saberse amado por Blanca de Viala».

CAPÍTULO VIII

La voluntad del Virrey

El capitán Montemar durmió intranquilo; alternaban en sus sueños las visiones paradisíacas con las inquietudes que le proporcionaba, desvelándole, el tratar de adivinar cuál sería la actitud de Blanca de Viala cuando se hallara frente a ella, después de la nocturna y accidentada entrevista.

Cuando despertó y procedió a vestirse, en su carácter habitual habíase mezclado una cierta dosis de irritación paliada por un buen humor que nacía del recuerdo de las frases amorosas que ella había pronunciado al creerlo malherido.

Pensaba que había galopado horas enteras a través de pantanosos terrenos, para exigir de un corsario un pañuelo que luego olvidó; que había arriesgado su vida en la empresa, estando unos instantes convencido de su entrada al Más Allá… y en resumidas cuentas abandonó la cueva refugio del Pirata negro, escuchando un «consejo» que le había valido un bofetón… aunque también había oído la celestial música que se le antojaban las palabras de Blanca confesándole su amor.

Dirigióse al cuerpo de guardia, dispuesto a relevar. El oficial portugués a quien debía substituir le acogió con frialdad desacostumbrada.

—El coronel d’Almeida desea que pases por su despacho, Montemar.

—¿Para qué quiero verme?

—No lo sé. Me limito a transmitirle su orden.

—¿Pero no sabes los motivos? Él no ignorará que a esta hora entro de servicio.

—Ordenes son órdenes. Si quieres enterarte del por qué, basta

con que te presentes a él.

El coronel Bruno
d’Almeida
respondió con una seca inclinación del busto al saludo de Raúl de Montemar, que en pie, en el centro de la cámara, aguardó a que el coronel le dirigiese la palabra.

—Hacedme la merced de entregarme vuestra espada para que la rompa, capitán Montemar —dijo
d’Almeida
con voz reposada.

Tal demanda constituía en aquella época el peor de los insultos.

—¿Puedo saber a qué obedece esta demanda impertinente? —desafió Montemar apoyando el puño en la guarda de su espada, ademán que enderezó la punta del acero.

—No agravéis vuestra situación con actitudes provocadoras —dijo el coronel, dando una palmada.

Entraron en la cámara una docena de soldados con arcabuces; eran los «lansquenetes» de la guardia personal del coronel. Portugueses a sueldo de los jefes que mejor les pagaban, sin importarles nada la nacionalidad del que alquilaba sus servicios. Y como en Panamá era un portugués quien les asalariaba, le obedecían con fanática servidumbre.

—Por segunda y última vez os ordeno que me entreguéis vuestra espada.

Conocedor Montemar de que nada podía reprocharse en cuanto a su deber y servicio se refiriera, desabrochó el cinto-tahalí y lo colocó junto con su espada encima de la mesa.

—He cumplido vuestra orden como coronel del Virrey que sois. Ahora, vos tenéis la obligación de explicarme a qué razones obedecen esta singular petición.

—¡Atadlo! —ordenó seca y concisamente
d’Almeida
.

La orden era tan inesperada e improcedente, que cuando Montemar reaccionó, hallóse preso en sólidas cadenas, que encerraban sus muñecas, manteniéndolas sujetas contra su cintura.

Un violento rubor coloreó las mejillas de Montemar ante la humillación de verse encadenado como un salteador de caminos.

—¡Ante el Rey responderás, d'Almeida, de este insulto inferido a uno de sus oficiales!

—Y, vos, ante el Rey, responderéis del delito de alta traición y conspiración.

—¿Por ventura os habéis vuelto loco? —preguntó Montemar en el colmo del estupor.

—Vos sois quien debió volverse loco al entrar en complicidad con el nefasto Pirata Negro, rebelde y convicto.

—Pero… ¿qué decís?

—Tan sólo hace dos días ordenasteis a los soldados que daban escolta a la hija del Virrey, que regresasen sin ella a palacio. Queríais estar solo con el Pirata Negro. De lejos os rieron hablar con él; desgraciadamente, mis fuerzas llegaron tarde para apresarlo.

—Lo reté a duelo y la fortuna no acompañó a mi brazo.

—¿Sí? ¿Y cómo no me disteis parte de ello entonces? Era vuestra obligación de oficial, y vos seréis lo que seáis, pero no desconocéis las obligaciones que vuestro cargo os imponen.

—No lo dije, porque… —Y no supo Montemar cómo explicar que había prometido a Blanca silenciar el hecho—. Pero que cese ya esta humillación. Ordenad a vuestros lacayos que me liberen. No estoy dispuesto a tolerar que tratéis así a un oficial del Rey.

—Más cosas habréis de tolerar. Os creí más inteligente, Montemar. Ni siquiera tenéis vuestra defensa preparada. Ayer noche, cabalgasteis, durante tres horas, internándoos en el pantano donde se oculta o creemos que se oculta el Pirata Negro. No se os pudo seguir hasta el propio recinto del rebelde corsario, pero dos horas después regresabais por el pantano, sin el menor daño, sano y salvo. ¿Fuisteis, acaso, también, a retar al Pirata Negro?

—Sí. A eso fui.

—Y ¿salisteis vivo de una cueva infestada de piratas? ¡Lleváoslo! —ordenó a los soldados.

—¡Te juro que, espada en mano, me darás razón de estos insultos! —gritó Montemar.

Tres «lansquenetes» asieron bruscamente de la cadena, y tirando de ella, lleváronse al capitán, cuya humillación era sólo superada por la indignación que ponía tensos los músculos de su cuello.

Instantes después un rudo empujón vengativo que le propinó un

«lansquenete» le arrojó de bruces sobro el desnudo suelo de una mazmorra del fondo de los sótanos de palacio.

El coronel
d'Almeida
colocóse la espada de Montemar bajo el brazo, disponiéndose a visitar al Virrey. Andaba ya por el pasadizo secreto que comunicaba con las habitaciones de palacio, cuando salió a su encuentro, Fadrique, el jefe de su servicio secreto.

—El Virrey salió de buena hora mañanera, señor —expuso el espía—… Su silla de mano tomó el camino de la laguna.

* * *

El trino de un colibrí anunció la próxima llegada de la aurora. Olinda, despierta, aguardaba aquella hora, que según la leyenda de sus antepasados, era la más propicia y favorable para que los encantamientos produjesen un eficaz efecto.

Empezó por encender con una antorcha el líquido que contenía un ancho tazón de barro grabado con toscas figuras; el tazón, colocado en el centro de la mesa, produjo una llama vivísima y azulada, como la que produce el espíritu de vino mezclado con sal.

La mesa estaba cubierta por heterogéneos objetos, tales como frutas, huesos, resinas de árbol y trapos ensangrentados…

Una figura de cera, de unos treinta centímetros estaba colocada entre los huesos y los trapos sanguinolentos…

Representaba a un hombre vestido enteramente de negro, con la cabeza cubierta por un trapo rojo…

—Que los espíritus del aire y de la tierra me sean favorables —invocó ella con voz ronca, dilatados los ojos en expresión estática de intenso recogimiento.

Cogió una espada que había sobre un escabel y acercando la hoja de acero a la llama, la examinó con detenimiento. Después la frotó lenta y tenazmente con uno de los trapos ensangrentados.

—Que esta sangre sea como la del basilisco y deje sobre el acero su indeleble huella, que nada pueda borrar.

Regó con un líquido untuoso la hoja de acero, envolviéndola a continuación con todos los trapos sanguinolentos.

—Que el aceite de escorpión penetre, y que la herida de esta espada, al herir, produzca en Carlos Lezama más dolores que si

fuera quemado vivo, y que su muerte sea lenta como el caer del crepúsculo.

Echó unos desmenuzados residuos aromáticos sobre la llama y pronunció palabras guturales en su dialecto nativo, agitando los brazos espasmódicamente. Al terminar su invocación, cogió la imagen de cera, clavando un largo y agudo alfiler en el centro de la figurilla.

Sostuvo la reproducción en cera del Pirata Negro sobre la llama y con voz profunda y emocionada pronunció las siguientes palabras entre temblores:

—Si la muerte por la espada no te alcanza, quieran mis dioses que así como esta cera se ablanda a la llama azul, así, Carlos Lezama, pueda tu corazón ablandarse y quemar de amores por mí.

Apenas hubo pronunciado la última palabra, cayó al suelo, donde, durante unos instantes se revolcó como posesa. Sus agitados movimientos fueron decreciendo, y, al fin, bañada en sudor, quedó tendida con los brazos en cruz, mirando sin ver, con ojos extraviados.

Un profundo sopor la invadió… y despertó horas después, cuando los rayos del sol espolvoreaban de oro su negra cabellera, extendida como un negro sudario a su alrededor.

Oyó acercarse un acompasado remar; corrió a la ventana y, con gesta de desencanto y fastidio, procedió a quitar de encima de la mesa cuanto la había servido para sus hechicerías.

Cuando Alonso de Viala, Virrey gobernador de Panamá, entró en la choza, Olinda, la india panameña, saludó a la usanza del monte. Cruzó sobre el marfileño y torneado seno las dos manos y sólo sus hombros se inclinaron, permaneciendo erecta la cabeza.

El Virrey pasó en silencio a la salita posterior, donde un sillón recubierto de ricas pieles de fiera recibid el peso de su cuerpo. Ella arrodillóse, sentándose a dos pasos de distancia y dando frente al Virrey.

—Cuéntame, mi querida Olinda, qué verdad hay en el informe que me han dado sobre el insolente ataque de que te hizo objeto el vil corsario llamado el Pirata Negro. Si es cierto lo que mi buen Bruno me ha comunicado, todas las torturas que pueda infringir a este canalla cuando caiga en mi poder, serán pocas con relación a las que merece.

—Me reprochó el amor que por ti siento. Quería llevarme consigo hacia su nave, pero logré burlarle. Y no volverá, porque mi tribu vigila estrechamente los alrededores de mi choza.

—¿Sufriste algún daño? —preguntó solícitamente el Virrey, acariciando con la diestra los sedosos cabellos de la india, acurrucada entre sus rodillas—. ¿Puedes bailar para mí una de tus danzas?

Levantóse ella y, en silencio, desperezó voluptuosamente su lánguido cuerpo, que creó en el aire la ilusión de unas lianas agitadas por la brisa.

Una hora más tarde entraba en la choza el coronel d'Almeida, que respetuosamente se mantuvo en posición de firmes, ante el Virrey desmadejado en su sillón.

Olinda daba a beber al debilitado Virrey una excitante mezcla de hierbas tónicas con jugo de pita.

—Puedes hablar, mi buen Bruno. ¿A qué se debe tu temprana visita a este lugar? Importante debe de ser el asunto, cuando no vacilas en turbar mi único placer: la soledad tranquila que hallo en la tierna acogida de mi amada Olinda.

—Debo comunicaros malas noticias, excelencia. El capitán Raúl de Montemar ha ingresado encadenado en las mazmorras de la fortaleza de palacio, acusado con pruebas aplastantes de alta traición y complicidad con el Pirata Negro.

—¿Qué dices? ¿El vizconde Montemar? No hay hombre más leal entre todos tus oficiales. Le exigí juramento de fidelidad a tus órdenes, porque tú eras mi representante y, por tanto, el substituto del Rey en esta tierra, y Raúl de Montemar es hombre de honor y, sobre todo, un caballero español, incapaz de faltar a sus juramentos.

—Parecía serlo, excelencia. Pero he acumulado contra él tal acopio de prueban, demostrando su propósito de apoderarse de Panamá con el auxilio del Pirata Negro, que lamento tenéroslo que decir, porque bien sé la pena que causa saber que un hombre en quien confiamos es un miserable traidor digno del mayor de los castigos…

El Virrey, pellizcóse ensimismado, el labio inferior, que quedó colgante, dando a su rostro una total carencia de inteligencia.

—Debo añadir contra él una acusación más, excelencia. Anoche,

después de entrevistarse con el Pirata Negro, el capitán Montemar escaló los muros del torreón donde vuestra hija tiene sus habitaciones privadas. Simuló caer… y no me atrevo a continuar, excelencia. Temo herir vuestros sentimientos paternos y vuestro recto concepto del honor.

—Habla, mi buen Bruno. Estoy resignado de antemano a oír lo peor ¡Qué sería de mí y de España si tú, con tu celo y cariño, no velaras por mis intereses!

—Mi alma y mi vida entera están a vuestro servicio para el mejor bien de España, excelencia. Como os decía, simuló caer y cuando vuestra hija, impulsada por un caritativo instinto de asistir al que creía herido, le socorría, el capitán, con osadía infernal, la enlazó entre sus brazos, comprometiéndola. Formaba parte de su plan, el pretender casarse con ella, para apoderarse de la voluntad de vuestra hija.

—En Panamá no hay más voluntad que la mía —dijo el Virrey con aire cómicamente digno, que resultaba lastimoso en contraste con su expresión de cansancio y entontecimiento—. ¿Y qué debo hacer, Bruno? —preguntó, después de intentar en balde reflexionar.

—La horca es escaso castigo para quien, como Montemar, ha osado no sólo conspirar contra vos, sino aspirar a la mano de vuestra hija, empleando métodos de seductor sin conciencia.

—Tú lo has dicho, Bruno. Es mi voluntad que mañana, al amanecer, sea ahorcado Raúl de Montemar.

Un grito resonó en la estancia, y, pálida, con el semblante dilatado por el horror, y el seno palpitante de emoción, corrió Blanca de Viala hasta arrodillarse a los pies de su padre.

—¡Os suplico que me escuchéis, padre! —sollozó, asiéndose a las rodillas del Virrey.

—¿Qué haces tú aquí, Blanca? —preguntó airado el Virrey rechazándola.

—Seguí al coronel. Quería veros, padre. Y no me importa deciros ante él mismo que es un traidor que os engaña.

Bruno
d’Almeida
, con gesto contrito, agitó una mano llamando la atención del Virrey, mientras Blanca permanecía arrodillada, y, besando las manos de su padre, inclinaba la cabeza; el portugués se tocó una

sien con expresión de lástima.

—Pero, hija, ¿cómo osas decir tamaña insensatez? ¿Acusas de alta traición al único y fiel servidor que poseo?

—Él es quien acusa al único y fiel servidor que tenéis: a Raúl dé Montemar.

—Estás trastornada, hija. No debiste venir… Aquí es donde… discuto con Bruno los asuntos privados del buen gobierno de Panamá…

—¿Por qué intentáis ocultarme la verdad, padre? ¿Por qué no queréis confesar que estáis hechizado por los sortilegios de esta bruja india? ¿Por qué no queréis admitir que vuestra voluntad está esclavizada a la intrigante y criminal voluntad del coronel aventurero que…?

El Virrey, con un resto de energía, se enderezó, rechazando con fuerte empellón a Blanca, que cayó de espaldas.

—¡Hija desnaturalizada!… ¿Cómo osas hablarme así? ¡A tu propio padre! Mañana mismo serás escoltada por mi buen Bruno hasta el puerto de Cairén, y allí embarcarás de nuevo para España, e ingresarás en el convento, del que nunca debiste salir.

—¡Yo no…! —Iba a protestar Blanca de Viala.

—Has oído cuál es mi voluntad, Blanca. Mañana serás escoltada hasta Cairén y regresarás a tu convento hasta que recuperes el buen sentido.

—Si así lo mandáis, obedeceré. Pero sabed que si Bruno d'Almeida ha acusado a Raúl de Montemar, es porque éste es el único español que os seguía siendo fiel.

—Hacéis bien, señora —intervino con melosa entonación el portugués—, en defender al hombre que amáis. Pero permitidme deciros que sois aún una niña inexperta, y los asuntos de gobierno son asaz tortuosos y complicados para que los penetréis, por más dones naturales que poseáis.

—Eso es —afirmó el Virrey—. Eres una niña inexperta e impertinente. Ahora mismo regresarás conmigo a palacio, donde serás recluida en tus habitaciones, en cuyas puertas pondré guardia severa, y no saldrás de ellas hasta mañana al mediodía, cuando ya esté ahorcado el capitán Montemar por traidor al Rey. Vamos, vamos; no permanezcas en el suelo, sollozando con infantil rabieta

de consentida. Tus lágrimas no lograrán conmover mi voluntad, que está entera al servicio del Rey y sólo para el Rey alienta.

Abatida, con infinito cansancio, Blanca de Viala se levantó; la humillaba adivinar en el rostro de la india, además de una mirada de intenso odio, otra de desprecio…, y la trastornaba de ira la mirada verdosa e insolente del coronel Bruno
d'Almeida
.

Siguió con ademán altivo los pasos de su padre, e instantes después, llevándolos a los dos, se alejaba la canoa en la que el Virrey efectuaba sus visitas a la hechicera de la laguna.

CAPÍTULO IX

El verdugo espera

Viendo alejarse la canoa que conducía al Virrey y a su hija, Bruno d'Almeida
crispó los delgados labios sinuosos en mueca amenazadora.

—La damita curiosa ha de morir, Olinda —dijo sin volverse liada la india—. Mañana embarcará, porque yo mismo la acompañaré a bordo, pero no debe llegar a España. Hablaría, y el Rey sabría que todos los españoles de la guarnición han ido muriendo, los unos de fiebres, los otros de extraños males y que todos han sido substituidos por mis «lansquenetes» portugueses, menos Baúl de Montemar, que mañana al amanecer será ahorcado. Pero ella no ha de morir en territorio panameño. Su muerte aquí podría despertar sospechas aún al mismo Virrey.

—Puedo proporcionaros sabrosos dulces de fruta, que un hombre a vuestro servicio puede colocar entre la comida de Blanca de Viala. Y al cabo de cinco días de haber ingerido los dulces morirá presa en convulsiones, que el médico de a bordo atribuirá a viruelas, con lo cual su cadáver será enterrado en el mar, por temor al contagio, y nadie en España concebirá la menor sospecha.

—Así se hará. Naciste de inferior condición, Olinda, mereciendo ser la más encumbrada de las damas palaciegas que se distinguen por sus intrigantes maquinaciones.

Un destello de burla y desprecio alentó unos instantes en las grises pupilas de la india, que veló su luz bajando los párpados. El portugués fue a sentarse y pareció sumirse en hondas reflexiones.

—Desde que esta impertinente damita llegó a la ciudad he estado meditando. Tarde o temprano el Virrey puede recuperarse de tus bebedizos, y sería molesto. O también, secretamente, como suele hacer, el Rey de las Españas podría mandar a uno de sus emisarios

secretos para inspeccionar privadamente el buen gobierno de sus colonias. He concebido un plan que será de tu agrado. Cuando llegué a esta tierra al frente de mis bravos, el Virrey era un hombre cabal e inflexible en cuanto se refería al cumplimiento de su obligación; conseguí convencerte de que tu ayuda nos podía encumbrar a los dos, y he logrado un total y absoluto dominio sobre el ánimo del Virrey. Quien bien me sirve, es magníficamente recompensado. No aspiro al insensato deseo de reinar en Panamá; la escuadra española no tardaría en vencerme y perecería a manos del verdugo. Mi reinado sería efímero; prefiero la realeza del dinero, que da un poderío cierto. Saquearé Panamá, y cuando el fuego arrase la ciudad, convirtiéndola en lo que antes era: un valle raso, me alejaré con mis «lansquenetes» en busca de otras tierras para vivir tranquilamente y sin peligro el resto de mis días. Y entonces tú realizarás la mayor de tus ambiciones: reinar sin trabas en la tierra panameña. Tu tribu mandará en todo el territorio. Y habremos realizado nuestros respectivos propósitos.

Frotóse él las manos enérgicamente con profunda satisfacción; olvidábase ya del alto cargo que por el debilitamiento del Virrey había obtenido, y volvía a ser el aventurero a sueldo, cuya única meta era la persecución de la fortuna.

La india le contempló con aviesa expresión.

—Dais por descontado el buen éxito de vuestro proyecto. Pero ¿habéis pensado en un hombre que puede desbaratar todos vuestros planes?

—Al enamorarse Montemar de Blanca ofrecía peligro, porque el amor vence al deber, y podía Montemar olvidar su juramento al Virrey y secundar la acción de la damita curiosa contra mis intereses. Pero, mañana al amanecer, Montemar será ahorcado. Nadie podrá salvarlo. Sólo yo y el verdugo poseemos las llaves de la galería de las mazmorras, y sólo a mí y al verdugo pueden abrirse las puertas que conducen a ellas.

—No me refería al capitán. Al hablaros de un hombre que si se lo propone puede poneros en un serio aprieto, me refería a Carlos Lezama, el Pirata Negro.

—Antes de ser ahorcado, Montemar será conducido a la sala de los tormentos y recibirá cuidadosa tortura. Los tornos picudos y las sandalias de hierro hacen hablar a los mudos. Y revelará el

emplazamiento exacto del escondrijo terrestre del Pirata Negro.

—Son más de cincuenta hombres, que a nada temen y que luchan dirigidos por él con el valor temerario de quinientos hombres.

—Mis «lansquenetes» suman un centenar, y juntos con tu tribu darán razón de ellos y de Panamá. Los acaudillaré y el triunfo será nuestro definitivamente cuando logre aplastar al Pirata Negro.

—He preparado para vos una espada de mágicos poderes, Bruno d’Almeida. El que la empuño será invencible porque basta un simple rasguño de su hoja para envenenar la sangre del herido, que morirá en medio de atroces dolores.

—Me gustaría emplearla contra él; pero no me será posible, porque el Pirata Negro se guardará muy bien de ponerse a mi alcance.

—¿También fanfarroneas ante una india, bastardo portugués? —preguntó Carlos Lezama abriendo la puerta de un vigoroso empujón.

Empuñaba en su diestra el mango del largo látigo rompecabezas del negro Tichli.

La india y el portugués iniciaron un ademán defensivo; pero el látigo restalló y, zumbando como un moscardón irritado, se enrolló alrededor de los dos cuerpos, que sujetó entre sí en estrecho abrazo.

Con hercúleo ímpetu dio un tirón el Pirata Negro y la pareja cayó al suelo derribada y confundidos ambos en apretada unión que les impedía el menor movimiento, imposibilitados sus brazos contra el cuerpo.

Continuó el Pirata Negro enrollando sabiamente el látigo por sacudidas, hasta que el duro mango tocó el pecho de la india. Hizo un torniquete, introduciendo la empuñadura de nervio de buey entre los remates de hierro del extremo del látigo.

—¡Por los cuernos de Belcebú, qué deseos me invaden de enterraros a los dos juntos en un pozo hormiguero! He oído vuestros «soplos de víbora» entremezclarse, fraguando atrocidades que ni el más indigno de los piratas pensaría siquiera.

Aplicó el tacón de su recia bota sobre la sien del portugués, que, con los labios temblando de ira y temor, creyó llegada su última hora.

—Debería aplastarte como al más repugnante de los reptiles inmundos, bastardo portugués. Pero tengo una debilidad: odio a los fanfarrones, y siempre ha sido para mí el mayor de los placeres demostrarles antes de matarlos que la presunción es uno de los pecadillos que no perdono. Voy a concederte el honor de que crucen tu acero con el mío, y segundos antes de hundirte mi espada en la garganta, para enviarte a los infiernos, tendré el placer de ver sudar de miedo al cobarde fanfarrón que eres, por si no te contentases con ser un vil asesino.

Inclinóse sobre el caído portugués, estrechamente unido a la india, y de un brusco tirón le arrancó el correaje de la espada. Olinda no pudo impedir que en sus elocuentes ojos brillase una íntima esperanza. Pero, a pesar de bajar rápidamente los párpados, el corsario sorprendióla. Rió sarcásticamente.

—¿Tus indios, hechicera? Olvídalos. Tengo al magnífico Tichli a la expectativa. Y esta vez no venimos desprevenidos. El bote que nos ha conducido a tu choza lleva dos cañones con sus artilleros y tres barriles de pólvora. Y al menor síntoma de peligro, el silbido de Tichli me advertirá. Te he explicado estos detalles porque me duele que una mujer bonita, aunque sea una sanguinaria bruja, fragüe vanas ilusiones. Y ahora, excúsame, si tus delicados tobillos y tus encantadoras muñecas han de conocer el oprobio de ser abrazados por el correaje de tu cómplice. Contigo reciamente atada, podré entendérmelas a solas con él y sin pensar en tus arteras artimañas.

Cuando Olinda quedó inmovilizada con el correaje del portugués, deshizo el Pirata Negro la presión del mango y, con un seco restallido, desenrolló el látigo, a la vez que, dando dos pasos atrás, desenvainaba su espada.

—Para ti debía haber traído mi sable de abordaje, portugués. Pero te explicaré por qué te hago el honor de emplear mi espada: fue bautizada con el nombre de «justiciera», y me he propuesto que lo sea, porque, matándote, empezará mi labor de devolver a Panamá su gobierno adecuado. ¿Te duelen los brazos? No tengo prisa en matarte; sacúdete cuanto quieras.

Bruno d’Almeida frotábase los músculos entumecidos por el recio abrazo del látigo; deslizó una mirada de soslayo hacia la espada de hoja

emponzoñada que Olinda había dejado sobre el escabel. Desde el suelo, la india fijó también los ojos en el arma mortífera de sutil veneno fulminante.

—¿No te atreves con tu propia espada? Tírala, valiente —rió Carlos Lezama—. Te permito que emplees la hoja que la hechicera ha bañado en ponzoña. No creo en brujas ni creo en la muerte por tu mano. No vaciles, tienes mi autorización. Coge la espada que Olinda ha envenenado con su aliento de víbora.

Con mano temblorosa de excitación, Bruno d'Almeida asió la empuñadura de la espada que estaba en el escabel, tirando al suelo su propio acero. Comprobó la solidez de la hoja, doblándola, aplicando la punta contra el suelo.

—Me deshonraría para siempre si tú fueras capaz de inferirme un solo arañazo, portugués. Y a la deshonra procediendo de ti, prefiero la muerte que no me sabrás dar. En guardia, coronel de alquiler.

Las anchas espaldas del portugués adquirieron mayor volumen cuando con mano segura colocó su acero contra el corsario. Sentíase revivir; bastaría un solo arañazo, un leve rasguño…

—Demuéstrame si la firmeza de tu muñeca iguala la de tu maldad —sonrió el Pirata Negro, parando sin retroceder dos estocadas consecutivas. Enlazó la hoja enemiga, levantándola, y con ágil avance acercó su rostro al del portugués, manteniendo firmemente los dos aceros en alto por el empuje de la guarda de su espada.

—Cuidado ahora al retroceder, d'Almeida. Sólo hay tres pasos hasta el muro, y si tropiezas con tu hechicera…

Saltó hacia atrás y abatió la espada, apoyando la punta en su bota.

Rápido, el coronel, flexionando la rodilla derecha, tendió la larga hoja emponzoñada en furiosa estocada mortal…

Ladeándose con veloz escorzo de cintura, el Pirata Negro contempló cómo la punta del acero enemigo se hundía en el tabique de madera a su espalda y rozaba su costado.

El rostro contraído de d'Almeida

le miró con furor a escasa distancia; con la guarda de su espada, el Pirata Negro golpeó en la frente a su contrincante, que retrocedió, desarmado y tambaleándose.

—Eres un esgrimidor detestable. —Y, a la par que hablaba, Carlos Lezama asió con la zurda la empuñadura de la espada clavada en la madera y bruscamente la arrancó, lanzándola hacia el portugués, que, temerosamente, dio un salto de costado.

La carcajada del corsario fue estentórea.

—No te asustes tan pronto. Te devuelvo tu arma y te permito que intentes una vez más herirme. Pero afina tu temple, fanfarrón; no te daré más posibilidades de escapar a tu muerte cierta. Ésa es tu última probabilidad.

Bruno d'Almeida atacó con ímpetu salvaje. Robusto y enardecido por las bravatas temerarias del Pirata Negro, se tiró a fondo, descargando continuas estocadas y parando con habilidad los fuertes contraataques de Lezama.

—Casi empiezas a inquietarme, coronel. Estás animado como un colegial en su primer duelo. ¡Atento! ¡Parada en cuarta! ¡Doble en fondo! —fue anunciando sus golpes Lezama, como los maestros de esgrima—. ¡Tercia! ¡Deslizo en sexta, trabo en redondo y… ya está!

La espada del coronel saltó por los aires describiendo un arco. Cayó a espaldas suyas verticalmente…

Bruno d'Almeida, desarmado y lívido, gritó despavorido…, porque la espada envenenada hincóse de punta, vibrando, desde toda su altura, en el cuello de Olinda…

La india desorbitó los ojos, y de su garganta clavada en el suelo, atravesada por el arma implacablemente mortífera que segundos antes empuñaba d'Almeida, brotó un espeso borbotón de sangre.

—Lo siento —murmuró Carlos Lezama—. Nunca me ha gustado ver morir a una mujer, aunque esta mujer se llame Olinda. Y ahora, portugués… reza lo que sepas, porque…

Inesperadamente se oyó un estridente alarido, y una red tupida

lanzada desde la ventana se abatió sobre el Pirata Negro, rodeando su cuerpo… El corsario luchó desesperadamente… aunque con iracundo desánimo. Conocía la fuerte liana silvestre con la que los indios del monte tejían densamente las mallas de las grandes redes que destinaban a la caza de los jaguares de afiladas uñas y dientes…

Ululantes indios fueron invadiendo la choza, blandiendo sus largos puñales y sus anchas lanzas. Otros desde la ventana, los que habían lanzado hábilmente la red opresora, fueron tirando de las cuerdas trenzadas que, cerrando las mallas de la red, convirtieron pronto al Pirata Negro en, un inmóvil amasijo confuso e indefenso.

Blandía ya uno de los indios pintarrajeados su lanza sobre el pecho del corsario, cuando
d’Almeida
desvió el arma.

—¡Debe ser torturado! —Gritó en el dialecto de la tribu—. ¡Mató a vuestra reina con la espada envenenada!

El más anciano de los indios, que acababa de entrar sin armas y revestido de un largo manto de pieles blancas que atestiguaban su calidad de brujo y jefe, asintió gravemente, murmurando:

—Blanco amigo tiene razón. Tortura para blanco maldito…

Todos los indios se prosternaron a una ante los estertores y convulsiones de la agonizante Olinda.
D’Almeida
señaló la red que mantenía inmóvil a Carlos Lezama, y acercó sus labios al oído del brujo.

—Lo llevaré a las mazmorras de palacio, Quirtuan. Cuando el Virrey sepa que ha matado a vuestra reina, le condenará a las peores torturas.

—No —denegó con violento ademán el brujo—. Será torturado por mis guerreros. Él mató a nuestra reina.

—Escúchame, Quirtuan. Prepara a todos tus valerosos guerreros, y mañana, a las cuatro de la madrugada, cuando el fuego arrase la ciudad, tú y tus guerreros atacaréis el palacio. Podréis llevaros no sólo al Pirata Negro, sino también al Virrey.

—¿Por qué quieres llevarte al blanco maldito?

—Porque yo también deseo torturarlo y averiguar dónde guarda sus tesoros. Os daré parte.

—Guárdate sus tesoros —rechazó Quirtuan con desprecio—.

¿Quién incendiará la ciudad?

—Mis «lansquenetes». Será la señal para que vosotros volváis a ser los dueños del valle.

—Puedes llevártelo —consintió Quirtuan—. Pero me respondes con tu vida, blanco renegado, de que mañana la madrugada me lo entregarás vivo. Que los dioses te acompañen, blanco renegado.

Levantado en vilo por dos hercúleos indios, Carlos Lezama, inerme en la red, antes de salir de la choza asistió al último y definitivo estertor de Olinda, la esclava-reina, que murió víctima de sus propios hechizos.

Yal ser tirado al fondo de su canoa, comprendió por qué Tichli no avisó. Sus tres corsarios yacían en el fondo del barco, cubiertas enteramente las cabezas por las espesas hojas del «acanteraptus», que, cosidas entre sí por fibras, formaban toscas capuchas, que les silenciaron segundos antes de ser envueltos por redes idénticas a las que le aprisionaban.

Y comprendió, también, de dónde había partido el ataque que había sorprendido a unos hombres tan avezados a la lucha y a las añagazas de toda clase de guerras.

Las columnas que soportaban la choza elevándola sobre el agua, habían ocultado a los hábiles y diestros laceros…

La astucia india había vencido a la brava arrogancia de los dueños del mar…

* * *

Un hombre reciamente encadenado por la espalda a la argolla de hierro empotrada en el húmedo muro de la obscura mazmorra maldecía mentalmente de su infortunada situación. Sólo le quedaba una esperanza: el Pirata Negro.

Si Adela Sanchiz, el ama de Blanca, no estaba equivocada, la hija del Virrey había pedido ayuda al corsario, enviándole su pañuelo bordado.

Y los pensamientos de Raúl de Montemar habían variado por lo que a Carlos Lezama se refería. Antaño había amonestado severamente a los que oyó llamar al Pirata Negro «la espada justiciera». Ahora…, él mismo quería creer en la veracidad de tal aserto.

Pensó en Blanca. También ella poseía un carácter enérgico y

decidido. Pero ¿qué podía hacer contra un intrigante de la talla del coronel d’Almeida? Intentó en balde, cerrando los ojos, alejar sus fúnebres pensamientos…

Rechinaron pesadamente los goznes de la maciza puerta de hierro, y a la luz de una antorcha dos hombres descendieron las escaleras llevando, el uno por los pies y el otro por la cabeza, a un encadenado prisionero.

Lo sujetaron silenciosa y rápidamente a la argolla empotrada en el muro, codo contra codo del absorto Montemar, que reconoció, estupefacto, en el nuevo prisionero que le hacía compañía, a su última esperanza: el Pirata Negro.

Los carceleros, llevándose la luz de la antorcha, y cerrando la puerta, sumieron de nuevo en la mayor obscuridad el húmedo recinto de la celda.

Raúl de Montemar abatió la cabeza amargamente. Al fin, murmuró:

—¿Y vos sois el valiente pirata que nadie podía apresar? Sois lo que pensé: simplemente un bandido hasta hace poco muy afortunado. Nada más.

En la obscuridad resonó la corta carcajada del corsario.

—¿Y vos, gallardo capitán, sois el hombre que creía mandar en los soldados de palacio? Si no me confundo, estáis amarrados como yo dentro de una mazmorra. Al fin y al cabo, yo era un pirata; pero vos, todo un bizarro oficial…

—El portugués me ha acusado de conspirar contra el Virrey con vuestro auxilio de pirata.

Rió de nuevo el Pirata Negro, y su risa duró tanto, que Raúl de Montemar crispó los puños encadenados.

—¿De qué os reís? No creo que la situación tenga nada de divertida. De aquí no se sale, si no es en compañía del verdugo.

—Que el verdugo espere. Yo, Carlos Lezama, no puedo morir así, como un ratoncillo atrapado con queso.

—Vuestras jactancias están desplazadas ya, Lezama. ¿Conocéis a los verdugos coloniales? Cubren totalmente su rostro con un antifaz rojo. Cuando veáis al hombre del antifaz rojo, contadle a él lo valiente que sois…, pero a mí dejadme en paz con vuestro humor

improcedente y vuestras jactancias inútiles.

—Me quedan aún cincuenta hombres libres dirigidos por «Cien Chirlos». Ante mi tardanza me buscarán… y cuando tenga una espada en la mano me responderéis de vuestras ofensas. Dudáis de mi valentía y me habéis llamado jactancioso.

—¡Bah! Dejémonos de fútiles querellas, Carlos Lezama. Yo sé muy bien que sois un hombre entero y valiente, y que, aunque también seáis hablador y parlanchín cual cotorra, nada tenéis de jactancioso. Pero ¿no comprendéis que de aquí saldremos para el cadalso, sin pérdida de tiempo…?

—Todavía no somos pescados, sino peces. Hemos mordido el anzuelo, pero no nos han quitado las agallas, Montemar. Y esperando los acontecimientos, que no dudo nos han de librar de tan mísera muerte, hablemos de temas más agradables mientras el verdugo espera. ¿Confesó la bella hija del Virrey su amor por vos? ¿Seguisteis mi consejo?

—Pocos son los deseos que tengo de comentar vuestro consejo. Valióme un bien administrado bofetón.

—Manos blancas no ofenden…, aunque duelan, a veces. No desesperáis, Montemar; cuando las campanas echen al vuelo sus lenguas de bronce, pregonando vuestro casorio, yo reiré desde la torre más alta del campanario.

—Parece que para vos todo es motivo de risas y jolgorio. Bien os guardaréis de burlaros de mi boda con… ¡Voto al cuerno! Me hacéis divagar con vuestra charla de arlequín.

—Reiría contento, porque la fusión de dos almas ennoblecería mi alma con reconfortante regocijo. Y hacedme la merced de no jurar, capitán Montemar; eso es impropio de un caballero, y sólo es adecuado en un fementido pirata como yo. Y, a propósito de lo que decís de que parecen ser todas las cosas para mí motivo de jolgorio: os he de confesar que ya por dos veces mi cuello ha olido el áspero aroma y el roce del cáñamo con que los verdugos tejen las sogas para ahorcar. Y, sin embargo, os estoy hablando. Cuando mi gaznate se rompa, sólo entonces creeré que sea posible que a mí me ahorquen. Mientras, prefiero reír, porque las pesadumbres anticipadas son propias de pusilánimes.

—¡Y vuestra actitud es de insensato! —gritó Montemar—. ¿Acaso osáis pretender que temo la muerte? No me importa, y no es

jactancia. He sabido desafiarla muchas más veces de las que podéis contar con los dedos de vuestras manos. Lo que me indigna es que Blanca de Viala quedará a merced…, y, en fin, me volvéis locuaz con vuestra palabrería.

—Pensad en Blanca de Viala cuando la firme empuñadura de una espada se deslice en vuestra mano. Pero ahora no penséis en ella. ¿No veis, corto de alcances que sois, que lo que deseo es aturdiros hasta que llegue quien nos ha de liberar los puños?

Y entonces, si me queda tiempo, me complacerá desarmaros por tres veces consecutivas.

—Me encantaría verlo, Lezama. Es muy fácil pelear amarrados los dos a una argolla y sin podernos ni siquiera morder las uñas. Callad, por favor, porque me hacéis decir sandeces.

—¿Acaso creéis que de costumbre habláis inteligentemente? Me callo, pero es porque oigo acercarse pasos. Alguien nos honrará con su visita; «Cien Chirlos» es feo como un demonio con dolor de muelas, pero si ahora viera su rostro sería hasta capaz de besarle en la frente.

La puerta se abrió, y tres antorchas desparramaron en la pequeña celda una luz brillante. Bruno
d'Almeida
descendió las escaleras con pausados ademanes, deteniéndose a dos pasos de los prisioneros.

—Justo es que los dos estuvierais juntos. Conspirasteis juntos, y juntos iréis al cadalso. Pero, antes, os tengo que anunciar mis propósitos. Tú, Montemar, convicto y confeso del delito de alta traición, como reo…

—¡Mientes como el canalla que eres! Nunca he confesado…

—Confesarás, Montemar. Ha sido avisado el verdugo, y dentro de seis horas, a las nueve de la noche, vendrá a buscarte para llevarte a la sala de los tormentos. No sólo confesarás tu participación en el horrendo delito de traición a tu Rey, sino que también nos indicarás dónde anidan los corsarios que el Pirata Negro acaudilla.

—¡Antes te escupiré la lengua al rostro! Con mis propios dientes…

—Eres un cerdo, portugués, y que los cerdos me perdonen. Escúchame —dijo el Pirata Negro—. En esta postura no ofrezco

para ti el menor peligro. No temblarán tus piernas. Voy a proponerte una solución que te encantará. Suelta a este oficial, que es un pobre iluso que nada tiene que ver conmigo ni con traiciones. Y, ¡por mi vida!, que serán tuyos dos cofrecitos que contienen las mejores joyas…

—Los tendré; puedes estar seguro de ello, Pirata Negro. Cuando termine el verdugo con Montemar, te tocará, a ti la vez. Y nunca en mi vida gozaré con tanta intensidad como cuando te vea retorcerte bajo las tenazas al rojo vivo del verdugo.

—Excelente diversión, cerdo portugués. Tú, que solicitaste la ayuda de una bruja para tus planes diabólicos, escucha ahora una profecía: morirás a manos de uno de nosotros dos, que ahora, aquí encadenados, sólo podemos escupirte al rostro.

Y, avanzando el mentón, el Pirata Negro disparó un salivazo contra el rostro del portugués, que, limpiándose el rostro con un pañuelo, descargó un furioso puntapié contra el pecho del corsario, y con breve ademán señaló la salida a los tres hombres que le acompañaban. Bruno d’Almeida desapareció precedido por las antorchas, y la puerta volvió a cerrarse, poblando de tinieblas la celda.

—Os habéis ganado un taconazo en el pecho, Lezama.

—Bien vale un salivazo. Y no os preocupéis por mí. He recibido golpes más duros, y ninguna costilla se me ha quebrado.

—No me preocupo por vuestras costillas. Y decidme: ¿os parece bien llamarme «pobre iluso» como lo habéis hecho ante el portugués?

—Los maeses bachilleres de Salamanca, cuando defienden a un cliente suyo, recurren con frecuencia a la atenuante de la imbecilidad.

—¡Ni soy vuestro cliente ni preciso de vuestra defensa! Además, pasáis del límite que os tolero…

—Más os toleré yo. ¿Y sabéis por qué? Porque sois lo que yo habría querido ser: un hombre honrado, bravo y leal…, aunque ligeramente obtuso. Perfecto militar disciplinado.

—Nadie os obligó a elegir la carrera del bandidaje.

—Eso es lo que no sabéis. Algún día descorcharemos un fraseo de espumoso, y entonces, si estoy en vena, os contaré por qué

Carlos Lezama llegó a convertirse en el Pirata Negro.

Un leve roce arañó la puerta, que se abrió, dejando paso a un alto enmascarado portador de una antorcha. Cubierto el rostro por un ancho antifaz rojo, el recién llegado cerró tras sí la puerta y colocó la antorcha hincada sobre un soporte encima de las cabezas de los dos prisioneros.

—Te anticipaste, verdugo —dijo el Pirata Negro—. Tu patrón nos anunció tu visita para dentro de seis horas. Da media vuelta y procura cumplir mejor con tu obligación.

—No debo empezar por ti. Porque supongo que tú serás el famoso Pirata Negro.

La voz del verdugo era baja y sin inflexiones, como si el antifaz o algo en su boca le impidiera pronunciar con claridad.

—Sí, yo soy el Pirata Negro. ¿A qué vienes tan pronto?

—A haceros compañía. Quiero que os acostumbréis a verme.

—¡Por el rayo alado! No careces de desfachatez, verdugo. Tu trabajo es atormentarnos con hierros y colgarnos, pero no jugar al gato con los ratones. Te juro que cuando pueda mantenerme en pie te haré tragar tu antifaz y mi puño.

—¿Vos nada tenéis que decir, capitán Montemar?

—¿Tú quién eres para oírme? Si algún remordimiento te ha de servir, aprende que torturarás a un hombre injustamente acusado y sabrás que un caballero español no sólo no falta nunca a sus juramentos, sino que no grita cuando el dolor le atenaza.

—¿Y tú, Pirata Negro, has de decirme algo semejante?

—Que te patearía muy a gusto.

El verdugo sentóse en el suelo, apoyando sus hombros contra la pared.

—Los conspiradores han de morir. Es orden del Virrey.

—Oye, verdugo: al fin y al cabo, hablar contigo es mejor que pelear con mi amigo. En vez de nosotros dos, esta celda debería contener a otros dos personajes.

—No intente ganar tiempo, Lezama. Este hombre ha venido a llevarme a la tortura y…

—No he de empezar hasta dentro de unas horas, capitán Montemar. Mientras, escucharé atentamente al famoso Pirata Negro.

—Sí, aprovéchate ahora, verdugo, para escucharme. Porque

cuando te tapone los oídos a puñetazos, ya no oirás ni el estampido de un cañón. Tus artes de carnicero humano deberías emplearlos en el Virrey y en el portugués.

—Eres gracioso, pirata. Ellos son los que te han condenado.

—El portugués, porque yo podía desbaratarle sus planes de apoderarse de Panamá esta misma noche. Puedes írselo a decir al Virrey; no importa, porque no te hará caso. Ha perdido su hombría, y sólo oye y habla por boca del portugués.

—¿Tú, el Pirata Negro, ibas a desbaratar los planes del coronel para apoderarse de Panamá? Inviertes los papeles; sólo tú puedes apoderarte de Panamá… si no llegas a caer preso.

—Hablas mejor que lo que a un verdugo correspondería. En vista de que tu antifaz oculta un cerebro inteligente, y para entretener la espera, te contaré una aventura mía.

Con cómicos complementos, el Pirata Negro contó su lucha desde el día en que fue llamado por Blanca de Viala hasta el instante de quedar inmovilizado por la red de los indios.

—… y ya ves, verdugo, lo que nos ocurre a los que, como yo, nos metemos a redentores y a enderezar entuertos. Ahora sabes ya por qué razón debería estar encadenado aquí el portugués. Pero tú eres un instrumento y no razonas.

—Es bonita tu narración, pirata. Dicen que los hombres, cuando van a morir, no mienten. Si he de creerte, los indios atacarán el palacio a las cuatro de la madrugada. Y una hora antes, los «lansquenetes» del coronel saquearán e incendiarán la ciudad.

—Podrás unirte a ellos, verdugo. Habrá tarea para ti.

—Tú lo has dicho, pirata. Habrá tarea para mí.

Guardó unos instantes de silencio el enmascarado, y al fin hizo lo que más podía sorprender en el hombre que los prisioneros creían ser el verdugo. Desenvainó la daga que portaba y la colocó en el cinto del Pirata Negro.

—Nunca has atacado posesiones ni barcos españoles, ni has cometido fechorías en tierras del Rey. Eres un pirata, no obstante, y quiero preguntarte: ¿qué harías si te desencadenara y, conduciéndote por un pasadizo secreto, te llevara al exterior?

—Tus bromas son de muy mal gusto, verdugo. Si liberases mis manos, con la daga que en mi cinto has colocado me bastaría para que nadie intentara cerrarme el paso hasta llegar al refugio de mis

hombres. Aunque es hablar en balde. Juegas con mi esperanza y eres más que un ejecutor físico: eres un verdugo moral.

—Si te liberase, ¿no sería entonces peor el remedio que el mal? ¿No asolarías Panamá, pasando a cuchillo a sus habitantes? Dar rienda suelta a un corsario no es acción sensata.

—¿Es acaso sensata tu extraña forma de hablar? Quítame las cadenas, y dejarás de ser un esbirro del coronel. He recibido la peor de las ofensas; he sido apresado como un jaguar sin sesos, y ahora estoy sin uñas. Tu puñal y un buen caballo, y dentro de unas horas el portugués y sus «lansquenetes» y los indios de Olinda oirán por última vez el grito de guerra de los corsarios que luchan bajo mi pabellón. Ni Panamá ni sus riquezas me importan; mis corsarios no lucharían por el botín. Lucharían para vendar la ofensa inferida a su jefe.

—Voy a desencadenarte, pirata. Es ya la única posibilidad de salvación para Panamá, si tus palabras son ciertas.

—¿Estaré soñando? —Exclamó Carlos Lezama, mirando al extraño carcelero enmascarado que abría los candados de sus cadenas—. Libera también al capitán Montemar para que me pellizque.

—El capitán quedará libre cuando tú, con tus corsarios, hayas vencido a los «lansquenetes» del portugués y hayas aniquilado a los indios salvajes que no quieren rendirse. Parte de prisa, que el tiempo apremia, y no vuelvas aquí hasta que tu espada, que han llamado justiciera, no haya logrado aplastar a los enemigos de España.

—¿Quién eres tú, que así hablas? —inquirió el corsario, batiendo las suelas de sus botas contra las losas para recobrar la normal circulación de la sangre, que hormigueaba dolorosamente por sus venas.

—Lo sabréis, Pirata Negro. Y, por una vez, es mi deseo que la suerte acompañe el brazo de un corsario como tú. Silencio ahora; volveré, capitán Montemar. Confiad en mí. Vámonos, Pirata Negro; te acompañaré al exterior, y no olvides que de la rapidez con que actúes depende la salvación de Panamá.

La celda donde quedó solo Montemar volvió a poblarse de tinieblas; pero en el alma del capitán reinaba la más intensa de las alegrías. Había reconocido la voz del enmascarado…

CAPÍTULO X

Tras la máscara

Deslizándose trae la sombra del enmascarado, andando a tientas por el obscuro subterráneo, Carlos Lezama volvía a ser el hombre de acción que antepone a la reflexión el instinto de la lucha. No le interesaba ya, por el momento, la identidad del enmascarado Sólo deseaba salir al exterior de la fortaleza y hallar un buen caballo.

Al extremo del pasadizo una gran reja mohosa filtraba la luz diurna; el enmascarado se detuvo junto a la teja, aplicando una llave al cerrojo.

—De aquí saldrás al foso posterior, pirata. Te será fácil llegar hasta el próximo bosque… y entonces ¡demuestra que tu renombre de luchador audaz es merecido!

—Volveremos a vernos, antifaz milagrero. Dentro de cuatro horas, la primera avanzada de mis corsarios llegará a la ciudad. Pero temo por Blanca de Viala y por Montemar. Atiéndeme, enmascarado; ahora soy yo el que planea. Si tú estás esperando en esta reja, dentro de cuatro horas treinta hombres míos, dirigidos por «Cien Chirlos», entrarán por este camino. Les ordenaré que se pongan bajo el mando del capitán Montemar, y así los moradores del palacio que me interesan se salvarán de las tropelías que con ellos pudiera cometer el portugués o sus «lansquenetes». Mientras, yo atacaré a los indios rebeldes con el resto de mis hombres, y acudiré en auxilio de Montemar y «Cien Chirlos».

—Aquí esperaré dentro de cuatro horas exactas —dijo el enmascarado, abriendo la reja—. Quedan aún encadenados tu negro y los dos corsarios artilleros.

—¿Tichli y los dos artilleros? Yo mismo les desencadenaré cuando venza… y les sacudiré treinta latigazos a cada uno por haber dejado sorprender a su jefe.

El Pirata Negro cerró los párpados cuando la viva luz del sol le hirió en el rostro; aspiró con deleite el aire libre, y, pegándose al muro del foso, comprobó si era visto por algún centinela.

Un «lansquenete» hacía su ronda en lo alto de la muralla, de espaldas al foso.

Tomando impulso, Carlos Lezama franqueó con dos elásticos saltos silenciosos la distancia que le separaba del próximo bosquecillo. Entró en la frondosa vegetación y con paso apresurado se alejó… Llegaba ya al otro lindero del bosque, cuando vio acercarse por el camino a un «lansquenete» jinete en brioso alazán.

—Ha vuelto tu buena estrella, Carlos —susurró el corsario.

Trepó simiescamente por el liso tronco de un roble y avanzó por una rama que sombreaba la carretera. Cuando los cascos del caballo al paso resonaban bajo el árbol, el Pirata Negro se dejó caer a horcajadas sobre la grupa.

Atenazó con una mano la boca del «lansquenete», y con la otra, cerrándola, le asestó un vigoroso puñetazo en plena sien. Resistióse ferozmente el portugués, desenfundando del arzón una pistola cuyo cañón intentó dirigir contra el rostro del que le había asaltado. El puñal del corsario se hundió en el costado del «lansquenete».

—Uno menos —comentó el Pirata Negro cuando el jinete cayó muerto al suelo. Y asiendo las riendas, propinó dos taconazos en los ijares al caballo, que partió como una exhalación, galopando con largo tranco robusto.

Escalando atajos y bordeando el peligroso sendero de los indios rebeldes, el Pirata Negro no dio reposo al bruto, espoleándole sin cesar con los talones.

Relinchando agónicamente, el caballo se encabritó en postrer esfuerzo, ante la entrada de la cueva-refugio. Se derrumbó muerto entre las piernas del Pirata Negro, que cayó en pie, soltando las ya inútiles riendas.

—¡Toca a rebato, centinela! —gritó Carlos Lezama, entrando en la cuera—. ¡Despertad, malandrines perezosos!

Distribuyó algunos taconazos entre los durmientes piratas… Alegres y felices, resonaron en los ámbitos de la gran cueva los alaridos del cornetín tocando a generala…

Como impulsados por un resorte, cincuenta mal encarados bandidos de vestimenta abigarrada y multicolor formaron un vasto

semicírculo a respetuosa distancia de su jefe, que en el centro del anillo humano, puños en jarras sobre las caderas, silbó agudamente. El cornetín cesó en su marcial toque de llamada al combate próximo.

—Abrid bien las orejas, mis valientes. El verdugo me aguardaba con un lazo de cáñamo; he estado a un paso de la horca…

Un sordo rumor de ira se levantó entre los piratas.

—¡Por las calzas de Satán! ¡Cerrad las bocas cuando yo hablo! He conseguido escapar, pero a cambio de una promesa. Y cuando un pirata de mi temple promete, cumple. Y he prometido que no quedará un solo «lansquenete» vivo en todo Panamá.

Gorros de lana, chambergos de mustios penachos, tricornios con parches, volaron por los aires. Los piratas no podían hablar, pero manifestaban su calurosa aprobación.

—Treinta de vosotros, los que a bordo ocupáis la banda de estribor y proa, reventaréis vuestros caballos, pero a las ocho en punto, dirigidos por «Cien Chirlos», desmontaréis en la poterna sur del foso posterior de la fortaleza del Virrey. Acércate. «Cien Chirlos».

El pirata aproximóse raudo; en su rostro, desfigurado por las arrugas de las cicatrices, sintetizábase la más horrorosa de las sonrisas. El Pirata Negro lo asió por el cuello de su jubón de cuero de varios colores, sacudiéndolo.

—Que te entre en el meollo, mi valiente, lo que voy a decirte. Primera: ¿dónde está la poterna sur de que hablo?

—En el lado opuesto y a un cuarto de vuelta de donde el sol se pone.

—¡Bellaco! ¡A las ocho de la noche no hay sol!

—Pero el sol se oculta por Poniente, y Poniente…, pues, está en dirección opuesta a la gran puerta de palacio.

—Exacto, hermoso. Has acertado. Allí, en la reja de la poterna, aguardará un enmascarado. No te asustes porque lleve un antifaz rojo. Síguelo, porque él es quien me ha salvado. Y una vez que él os conduzca al interior, obedece ciegamente, como si fuera yo mismo, al oficial que vino a verme anoche aquí. Le obedecerás como si de mí se tratara.

—Así lo haré, señor… ¿Y el botín? ¿También a él he de dárselo?

—¿Botín?… ¿Has dicho botín? No lo hay.

Una expresión de desencanto nubló todas las fases circundantes. El Pirata Negro dio un taconazo en el suelo.

—¡Hatajo de borricos ansiosos!… ¿Pedís paja y cebada? Deberíais rebuznar en lugar de hablar. ¿Qué mejor botín que mi vida salvada? ¿Qué haríais sin mí? A cambio de mi vida, he prometido que sólo morirán los «lansquenetes» portugueses, y que ni una sola persona más sufrirá al menor daño en su cuerpo, ni en su cofre, ni en su casa. El único botín que iréis a buscar serán las bolsas de los «lansquenetes» y los caballos de la caballeriza del Virrey para substituir a vuestros caballos reventados. ¿Hay alguien descontento?

Los piratas se miraron entre sí, extrañados. ¿Quién iba a ser tan demente como para negar que el mejor botín era su jefe sano y salvo?

—Nadie, señor, puedes estar seguro —afirmó con ceño amenazador «Cien Chirlos»—. Y mataré al que desobedezca tus órdenes. Habéis oído, hatajo de borricos ansiosos, que deberíais rebuznar en vez de hablar. Carne de «lansquenetes»; a eso vamos, y a nada más. ¡Maldita sea la paja y la cebada!

—Estás ya de más, «Cien Chirlos». Ahuecad… Quiero estar oyendo ya los cascos de vuestros caballos galopando hacia el valle.

Los arcabuces, cruzados a la espalda en bandolera; las fajas, por las que asomaban varias culatas; los sables de abordaje tintineando… Todo el armamento se puso en marcha tras «Cien Chirlos».

—¡Aguardadme en palacio! ¡Y que no quede un solo «lansquenete» en pie cuando yo llegue! ¡A muerte y sin tregua!

Y el grito de guerra, coreado por todos, precedió a la rápida salida de «Cien Chirlos» y sus treinta piratas.

—Y ahora, ha llegado vuestro turno, mis valientes —y el Pirata Negro se encaró con los veinte restantes—. No supondréis que mientras los compañeros van a divertirse, nosotros les prepararemos la comida. No llevamos corpiño y también nos gusta divertirnos. Hay en el monte de la laguna un centenar de macacos. Son los indios de la tribu de Olinda, la hechicera. Acechan traidoramente y matan de lejos con flechas envenenadas a cuantos hombres blancos avizoran. ¿Es, acaso, de hombres luchar sin ofrecer el pecho? No, mis valientes; eso es propio de sanguijuelas. Id a los cofres grandes,

los cuatro marcados con líneas rojas. Sacad los cascos, las cotas de malla y las armaduras. Pesan, pero convertirán en alfileres quebradizos las flechas envenenadas. ¡Apresuraos!

Mientras los veinte piratas se revestían los pesados cascos y las gruesas cotas de malla o las rígidas armaduras, el Pirata Negro enfundó sus miembros en leve malla florentina que conservaba como la mejor de sus presas de guerra. Cogió un casco empenachado. Silbó agudamente.

Vestidos a medias, los piratas acudieron en tropel y continuaron protegiendo sus anatomías con las mallas y las armaduras.

—La tribu se reúne en el robledal del alto, porque celebrarán las pantomimas de muerte ante el cadáver de Olinda. Los rodearemos y hay que exterminarlos. Uno sólo de ellos vivo significaría una amenaza para los dos amigos que en Panamá tengo y que han salvado mi cuello del verdugo. ¡Avante!

* * *

Quirtuan, el jefe brujo, elevaba y bajaba acompasadamente los largos y descarnados brazos, desgranando una letanía de palabras cabalísticas. En el centro de la explanada circundada por robledales cuatro troncos en pie sostenían una tabla lisa donde yacía el cuerpo de Olinda…

Quirtuan avanzó unos pasos, se situó junto al cadáver y fingió descargar rudos golpes con su puñal sobre la que había sido la hechicera de su tribu.

—Que estas puñaladas con que agujereo tu piel, ¡oh, Olinda!, se claven más profundamente en la carne del malvado que nos arrebató tu vida. Que mi puñal atraviese su corazón y que la sangre salga a borbotones de su pecho…

Un clamor dolorido y unánime salió de todas las gargantas.

Quirtuan dibujó sobre una pared una silueta humana.

—¡Muere! —rugió descargando nueras puñaladas sobre aquella silueta—. ¡Muere! ¡Que tus ojos cieguen, que tu corazón cese de latir, que tu pecho deje de respirar! ¡Muere! ¡Es mi voluntad! ¡Es la voluntad de toda mi tribu! ¡Que tu carne sea pasto de los feroces buitres carniceros!

Como sacudida por un frenesí de locura, la tribu comenzó a saltar lanzando alaridos y blandiendo amenazadoramente sus arcos

y sus flechas.

* * *

Por espacio de más de una hora, a los rayos del sol poniente, los indios bailaron desenfrenadamente alrededor del cadáver de Olinda. Un brusco silencio reinó, cuando un cercano tambor repiqueteó apresuradamente. Uno de los vigías daba la señal de alarma… Sonaron arcabuzazos…

Diez indios se tendieron en el suelo; otros tantos se arrodillaron, y diez más, en pie, efectuaron el mismo gesto: tensaron la cuerda de sus arcos, colocando en ellos una flecha envenenada.

Dando la espalda a éstos, otras tres hileras repitieron la misma posición que los primeros; y a los dos lados, tres hileras humanas idénticas repitieron el mismo gesto. El «cuadro» panameño quedaba formado.

Cómo si lloviesen de las copas de los árboles, los piratas cayeron sobra la explanada… Las flechas rebotaron con continuidad sobre sus armaduras; los disparos de arcabuz mezclábanse con el guitarreo de los arcos.

El primero en acometer cuerpo a cuerpo a la masa compacta de indios fue el portador de un casco con penacho. Espada en alto, el Pirata Negro empezaba su labor justiciera de exterminio.

* * *

«Cien Chirlos» levantó y agitó el brazo en el aire. El escuadrón de los treinta piratas que le seguía frenó en seco sus resoplantes cabalgaduras. Desmontaron y con pasos cautelosos fueron atravesando el bosque en tinieblas, hasta llegar a la linde que daba frente a la poterna sur.

«Cien Chirlos» vio en la reja de la poterna una antorcha… y a un enmascarado con un antifaz rojo, Se detuvo vacilante.

—¡El verdugo! ¡Maldita sea! —rezongó—. Parece que nos esté aguardando. ¡Adelante! ¡Y recordad las órdenes de nuestro jefe!

El enmascarado abrió la reja y alejóse por el pasadizo; uno a uno, con andar de fieras al acecho, los piratas fueron entrando, En lo alto de la galería iluminada, el capitán Montemar, espada en mano, aguardaba. Sonrió adusto al ver el rostro de «Cien Chirlos».

—¿Me reconoces, pirata? —preguntó, mientras el enmascarado desaparecía.

—Te reconozco, lechuguino… Eso…, perdona…, ¡maldita sea! Mi jefe, el Pirata Negro, me ha obligado a que nos pongamos todos a tus órdenes. Manda… por esta noche.

—De aquí saldremos al patio de armas. Encontraremos el cuerpo de guardia; diez de vosotros lo atacarán. Otros diez te seguirán a ti, «Cien Chirlos». Atacaréis los puestos de vigilancia y los dormitorios. Los otros diez, conmigo; seguidme donde vaya.

El silencioso y dormido palacio padeció estallar repentinamente; las pistolas y los arcabuces disparaban al Unísono; las espadas y los sables se entrechocaban con sones metálicos… El combate empezaba.

El enmascarado llamó con voz estentórea desde una ventana del palacio:

—¡Capitán Montemar! ¡Acudid! Batiéndose en retirada, Baúl de Montemar subió corriendo la escalera del salón centrad de palacio, saltando por encima de cadáveres de «lansquenetes». Al entrar en la sala desde la que le había llamado el enmascarado comprendió por qué éste volvía la espalda a la abierta ventana al llamarlo.

Con una pistola amartillada y gatillo en alto apuntaba al coronel Bruno d’Almeida, que estaba en pie al otro lado del salón.

Blanca de Viala, temblorosa, vio entrar a Montemar; estaba cerca del enmascarado.

—Dejad a los piratas que luchen con bandidos peores que ellos, Montemar —habló con su voz natural el enmascarado—. Si no me engaño, vos tenéis una deuda que saldar con este miserable.

La pistola señaló a Bruno d’Almeida.

—Gracias, excelencia —dijo Montemar, agradecido—. En guardia, d’Almeida. Y vos, Blanca, os suplico que os retiréis. Es desagradable el espectáculo que este canalla traidor os va a proporcionar.

—No. Ella se queda —dijo con firmeza el enmascarado—. Ha

empezado el castigo inexorable, y ella debe ser juez y testigo.

Bruno d’Almeida desenvainó, cimbreando la hoja de acero.

—He perdido —reconoció—. Pero soy buen jugador. A tus manos no moriré, Montemar; quizá sí a las del que se cubre con un antifaz. ¿Se avergüenza, acaso, de mostrarme la faz que tan bien conozco?

El desconocido se arrancó la máscara… y el rostro de Alonso de Viala, Virrey Gobernador de Panamá, miró con severo semblante al portugués… Montemar chocó su acero con la hoja enemiga. Empezó el duelo a muerte, en el que, con la energía del que sabe próxima su muerte, Bruno d’Almeida prodigaba su talento de esgrimidor.

* * *

«Cien Chirlos» rodó por los suelos abrazado sañudamente a un oficial «lansquenete». Luchó hasta que sus puños ensangrentados asieron el mango del puñal que hundió en el cuello de su contrario…

Un cornetín resonó en el vasto patio convertido en campo de batalla, y, desembarazados de sus armaduras, los veinte piratas restantes irrumpieron, precedidos por el Pirata Negro.

—¡A muerte y sin tregua! ¡A ellos, mis valientes!

Un cuarto de hora después, Carlos Lezama restañaba los refilonazos que sangraban en su frente y en su muslo… «Cien Chirlos» acercóse tambaleante, cubierto de polvo, sangre y sudor…

—«Sanseacabó», señor. Hemos perdido del todo a ocho compañeros, y hay siete que no sé si estirarán la pata o no. Pero… ya no queda vivo ni un solo «lansquenete». A fe mía que ha sido una maja labor.

—¡Bien por mis bravos! Remojaréis el gaznate en la cueva. Llevaos cada uno un caballo de las caballerizas y un barril del mejor vino de las bodegas.

—Cogimos «también» las bolsas de los «lansquenetes», señor —dijo en voz baja «Cien Chirlos».

—Entonces, ¡voto a mil diablos!, ¿a qué aguardáis para

marcharos todos? El aire de Panamá no podrá respirarse hasta que no estéis lejos. Mi mejor pistola para el primero de vosotros que llegue a la cueva.

—Para mí será, señor. Y… ¿Tichli y los dos artilleros? No los he encontrado.

—Búscame un buen látigo de siete colas, «Cien Chirlos». Yo los encontraré a estos bergantes. ¿Y el oficial? ¿Dónde se halla?

—Subió allí —señaló «Cien Chirlos» el piso alto.

Cuando estuvo en poder de un largo látigo de siete correas rematadas en plomo, Carlos Lezama subió a saltos la escalera que conducía a lo alto del palacio.

En el interior de la sala en que entró halló a Blanca de Viala aplicando un pañuelo mojado sobre el hombro sangrante de Baúl de Montemar, que no debía de sentir el dolor de su herida, por cuanto en su mirada hacia ella alentaba el mayor de los éxtasis.

En pie, el Virrey habíase colocado de nuevo el antifaz al oír los pasos del Pirata Negro.

Cumplí mi promesa, enmascarado. A vuestros pies, Blanca.

Ella tendió su mano, y, doblando una rodilla, el Pirata Negro besó los sonrosados dedos.

—Gracias con todo mi corazón, Carlos Lezama, Raúl…, el capitán Montemar, me ha contado ya vuestro heroico…

—Excusadme la grosería de interrumpiros, Blanca de Viala. Pero los elogios del capitán sólo deben ser tributados al verdadero ser que ha salvado a Panamá.

—¿Y quién es, sino vos? —preguntó ella.

—Es… quien acaba de hablar —dijo Carlos Lezama—. Vos habéis sido, señora, el aliento espiritual y el alma de toda la empresa. Vuestra llegada fue tan semejante al descenso de un ángel, que todos los demonios debían perecer. Y, hablando de demonios, ¿dónde se halla el portugués?

Montemar, sonriente, señaló tras la gran mesa; el Pirata Negro silbó despaciosamente al ver el cadáver de Bruno
d’Almeida
atravesado por la espada de Montemar.

—Bien, Panamá está a salvo. Os devuelvo vuestro pañuelo bordado, señora. Pertenece ya al hombre en quien de hoy en adelante debéis confiar siempre y amarlo con todo vuestro ser,

porque es el hombre más bravo, más honrado y…

—¡Tregua de cumplidos, Lezama! —atajó Montemar, confuso—. ¿Y qué hacéis con ese látigo en la mano?

—Lo destino a acariciar a tres bellacos que permitieron que yo cayera encadenado. Pero antes me gustaría hacerlos restallar ante los propios hocicos del Virrey.

—¡Callad, por favor! —exclamó Montemar, atemorizado, mirando con angustia al Virrey enmascarado.

—¿Por qué lo defendéis? —pregunté el Pirata Negro—. ¿Acaso el Virrey os defendió cuando el portugués os acusó de traición? Muy al contrario, firmó vuestra sentencia de horca. Si él hubiese cumplido con su deber de hombre y de español, yo no habría perdido ocho de mis hombres en la lucha por rescatar a Panamá. Lo siento por vos, Blanca de Viala, pero no me retracto. Afirmo que me gustaría hacer restallar mi látigo ante el hocico del Virrey. ¿No opináis como yo, enmascarado?

—Sí, en efecto —admitió lentamente el Virrey—. ¿Y qué recompensa pensáis pedirle al Virrey por vuestro servicio?

—Veamos… Primero, decidme, Montemar: ¿el Virrey accede sin el menor reparo a vuestra boda con su hija?

—Accede —replicó el enmascarado—. Preguntaba al capitán, no a vos, enmascarado. Pero, en fin, os tolero esta libertad, en vista de que vos me disteis la mía. Quitaos ya el antifaz.

—Pronto os obedeceré. Pero, decidme: ¿qué más pensáis pedirle al Virrey?

—Sólo una cosa. Que sepa ser hombre… o tendré que volver otra vez. Sólo que entonces, si tengo que regresar, lo fustigaré.

—Quemad vuestro látigo —dijo el Virrey, quitándose la máscara —. He vuelto a ser hombre; ¿lo dudáis?

El Pirata Negro no manifestó el menor asombro; sonrió, inclinándose ligeramente.

—No saludo al Virrey Alonso de Viala. Saludo al hombre que ha renacido. Comprendí que, por fin, algún milagro se había operado cuando esta tarde me alumbrasteis con vuestra antorcha el pasadizo y me condujisteis al exterior.

—¿Habíais ya adivinado…? —inquirió el Virrey.

—¿Quién más que vos, a no ser el verdugo o el portugués, y ninguno de ellos me hubiera dado libertad, podía circular por las

mazmorras de los condenados a muerte?

—Me elogiaron vuestro agudo talento, señor Lezama. Hoy se obró el milagro de que habláis, porque la sangre de mi sangre no podía mentir. Y mi hija no podía mentirme al asegurar que d'Almeida era un traidor. Éste se confió demasiado, al dejarme partir sólo con mi hija. Supo ella aducir razones…, y lejos de la nefasta influencia de… la hechicera, pude recuperar parte de mis antiguas facultades. Luego os oí hablar, señor Lezama, cuando me creíais el verdugo, y ahí tenéis toda la explicación. Y heme aquí contrito y apesadumbrado; no me duele confesar ante vos, señor pirata, que merecería el azote de vuestro látigo.

Una expresión de tristeza pasó por el rostro del Virrey, que prosiguió diciendo:

—Esta tarde, cuando vos os fuisteis, jugué por última vez el papel de glotón entontecido que antes desempeñaba sin saberlo. Invité a comer a d'Almeida y logré entretenerlo conmigo hasta que estuvo cercana la hora señalada para la llegada de vuestros piratas. Ahora pediré refuerzos a España, y mandaré una sucinta relación de mis torpezas al Rey. Él, con su magnanimidad sabrá perdonarme, porque no obré de mala fe, sino bajo el influjo de bebedizos que me quitaban el sentido normal… Y ahora, señor Carlos Lezama, el Virrey Gobernador de Panamá se inclina ante el caballero que sois cuando queréis.

El anciano inició, una profunda reverencia. Abalanzóse hacia delante el Pirata Negro, tendiéndole la diestra y obligándole a enderezarse.

El simio que se enlazaba al cuello de ébano del gigante sordomudo saltó castañeteando los dientes.

—¡No hagáis tal, señor! No olvidéis que soy un bribón honrado, que soy un corsario que lucha contra corsarios. Y vuestra obligación, como verdadero Virrey que ahora sois, es cargarme de cadenas.

—Tenéis razón, señor Pirata Negro —dijo sonriendo el Virrey—. No ignoro que no reconocéis más autoridad que la del huracán soplando con ímpetu; como hombre, siempre conservaré de vos el

mejor de los recuerdos, y el más profundo de los agradecimientos… Pero como Virrey y en nombre de Su Majestad os digo: no os crucéis más en mi camino, porque os doy mi palabra de honor de que, cumpliendo con mi deber, os mandaré ahorcar.

—Así me gusta, excelencia —saludó el Pirata Negro—. Panamá vuelve a tener un Virrey español.

—Que os concede hasta la medianoche autorización para circular libremente. No os retraséis… y que nunca más os vea, «espada justiciera». Sólo…, tan sólo tendréis la vida garantizada la mañana en que mi hija se case. Procurad que nadie os vea, si queréis asistir a la boda.

* * *

Las campanas repicaban alegremente; un boato sin precedentes en Panamá enlucía los confines que rodeaban la capilla donde Raúl de Montemar contraía enlace con Blanca de Viala.

En lo alto del campanario el Pirata Negro, sentado en un muro, dio un amistoso empujón en el hombro de Tichli, el negro cubano, que sonrió ampliamente.

—Se están casando, Tichli. Y, aunque no me ven, saben que mi espíritu les acompaña. Sí, Tichli, ante ti no me avergüenza el reconocer que soy un condenado romántico. Tengo en el corazón una orquesta de violines sentimentales que procuro acallar… pero no puedo; hay noches de luna en que lloro sin lágrimas por un amor puro y entero. Quizá ella, Blanca, era la mujer que yo busco…, pero Baúl de Montemar era el que la merecía. Me miras como si me comprendieras, maldito Tichli; no leas las palabras en mis labios. Desvía la vista, malandrín, o tendré que repetir el vapuleo que te administré la noche que te saqué de las mazmorras… ¿Cuántos fueron? ¿Treinta y cinco? Sí, treinta y cinco latigazos. Y supiste aceptarlos como era debido; pedías más… y eso que no te gustaba nada. Pero comprendías que eran aún pocos para castigar tu torpeza… Treinta y cinco… Ésos son los hijos que le deseo al vizconde de Montemar… No, ¡demontres!, son demasiados… Vamos a irnos, que pronto saldrán…, y el Virrey ha vuelto a ser un excelente Virrey y un hombre cabal, recto y justiciero… ¡Eh! —gritó.

Y desde el alero, el Pirata Negro silbó agudamente, y,

deslizándose por los muros, de un salto cabalgó a horcajadas sobre su caballo…

La negra capa, prendida por un hombro, flotó en el aire… Los dos caballos, a todo galope, se perdieron en la lejanía…

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi (1914 - 1982) es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca. Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por

primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria. Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron *Peter Debry* —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y *Arnaldo Visconti* —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P. V. Debrigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.